

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



CRISTO REY



A los ochenta años
de la encíclica
«Quas primas»

La realeza de
Cristo en el
Apocalipsis

El Apocalipsis,
clave de la
liturgia de la
Iglesia

La suave soberanía
salvadora de Cristo

Sobre la actuali-
dad de la fiesta de
Cristo Rey

«Nos anima la dulce esperanza
de que la fiesta anual de Cristo
Rey impulse felizmente a la
sociedad a volverse a nuestro
amadísimo Salvador.»

Sumario

A los ochenta años de la encíclica «Quas primas» <i>José M.^a Petit Sullá</i>	3
«Se estableció el reinado sobre el mundo del Señor nuestro y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11,15) <i>Javier Jaurrieta Galdiano, HNSSC</i>	12
«Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres en el cual hayamos de ser salvos» <i>José I. Aranguren Azparren</i>	16
La celebración de la Eucaristía, el cielo en la tierra <i>Gerardo Manresa</i>	20
¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado! El ejemplo de don Manuel González, «el obispo de la Eucaristía» <i>Juan Jaurrieta</i>	26
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (xxii). ¿Cómo pudo Dios permitir que se dilatase tanto la llegada a los españoles de la consoladora noticia del amor misericordioso de su Corazón? <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	29
Contemplando la vida de Cristo. ¿Luego tu eres Rey? <i>Ramón Gelpí</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	36
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	37
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	41
Hace 60 años <i>J. M.^a P. S.</i>	43

RAZÓN DEL NÚMERO

PERTENECE a la Providencia divina, según la promesa de Jesucristo, la constante asistencia a la Iglesia por Él fundada. Pero esta Providencia se ejerce de modo concreto con la mediación de aquellos hombres y mujeres a los que Dios tiene destinados influir de modo decisivo en la peregrinación de la Iglesia por este mundo hacia la Patria celestial. Fue primero santa Margarita María de Alacoque y después el santo padre Ramière (así le llamaba nuestro querido padre Orlandis) quienes introdujeron como mensajeros de Jesucristo la devoción al Corazón de Jesús y su plenitud en el ideal del Reinado del Sagrado Corazón.

La obra del padre Ramière se constituyó en el fundamento doctrinal de lo que fueron las grandes encíclicas *Annum Sacrum*, de León XIII, y *Quas primas*, de Pío XI. La Iglesia tiene contraída una deuda impagable con el infatigable refundador del Apostolado de la Oración, el jesuita padre Ramière.

A los ochenta años de la encíclica de Pío XI, que se cumplirán el próximo mes de diciembre, la revista considera un deber ineludible recordar el planteamiento y la solución del gran problema del mundo moderno: el liberalismo ha instituido al laicismo como la forma de organizar la sociedad y se ha hecho imposible la paz. La única solución posible es la vuelta a la Realeza de Cristo.

La esperanza cierta de la realización de este reinado está expresada en el Apocalipsis: «El reino de este mundo ha venido a ser el Reino del Señor nuestro y de su Cristo». El Concilio Vaticano II en su declaración sobre las religiones no cristianas ha escrito: «La Iglesia, juntamente con los profetas, y el mismo Apóstol espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y le servirán como un solo hombre».

La liturgia de la Iglesia ha incorporado para siempre la festividad de Cristo Rey como la coronación de todas las fiestas del año litúrgico. En efecto, pertenece a la misión salvífica de Jesucristo el ser aceptado y reconocido como el Cordero del Apocalipsis que nos ha rescatado con su sangre y que recibe del Padre todo poder «y reinará por los siglos de los siglos».

Hace sesenta años escribía el padre Orlandis que en la Realeza de Cristo se cumple una necesidad ineludible para nuestro tiempo, la de sobrenaturalizarlo todo. La Iglesia tiene una doctrina social y política, pero esta doctrina es ante todo religiosa y no podemos poner nuestra esperanza en otra cosa que en la penetración por la gracia de toda realidad humana: el matrimonio cristiano, la educación cristiana, la legislación según los mandamientos de la Antigua y de la Nueva Ley, la preeminencia de las virtudes teologales como reguladoras y vivificadoras de todas las virtudes morales, etc. Todo esto lo resumía admirablemente el padre Orlandis en la idea-fuerza de la Realeza de Cristo: «Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo, es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, es la que reclama el alma de nuestra sociedad».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

A los ochenta años de la encíclica «Quas primas»

JOSÉ M^a. PETIT SULLÁ

Oportunidad de la fiesta de Cristo Rey

EL 11 de diciembre de 1925, en el cuarto año de su pontificado, Su Santidad Pío XI promulgaba la encíclica *Quas primas* cuya finalidad esencial era la institución de una nueva fiesta en el calendario litúrgico, la festividad de Cristo Rey. Estas eran las solemnes palabras de la institución:

«Con nuestra autoridad apostólica, instituímos la fiesta de nuestro Señor Jesucristo Rey, y decretamos que se celebre en todas las partes de la tierra el último domingo de octubre, esto es, el domingo que inmediatamente antecede a la festividad de Todos los Santos. Asimismo ordenamos que en ese día se renueve todos los años la consagración de todo el género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús, con la misma fórmula que nuestro predecesor, de santa memoria, Pío X, mandó recitar anualmente».¹

Después de la última reforma del calendario litúrgico, la fiesta se celebra el último domingo del tiempo ordinario inmediatamente antes del adviento, lo que sitúa a esta fiesta en su lugar más adecuado, de modo que la consideración formal y expresa de Cristo como Rey sea la culminación de todos los misterios de la vida del Señor, tal como lo decía ya la encíclica. Los misterios de la vida de Cristo reciben coronamiento en esta solemnidad de Cristo Rey. Pero hay además una razón circunstancial que determina la institución de esta fiesta y que forma parte esencial de dicha promulgación como expresamente lo manifiesta Pío XI en las primeras palabras al comienzo mismo de la encíclica. Esta razón circunstancial es el buscar un remedio definitivo a las calamidades que afligen al mundo.

«En la primera encíclica,² que al comenzar nuestro Pontificado enviamos a todos los obispos del orbe católico, analizábamos las causas supremas de las calamidades que veíamos abrumar y afligir al género humano.

Y en ella proclamamos Nos claramente no sólo

1. *Quas primas*, n. 30. Sigue vigente la lectura del acto de consagración al Sagrado Corazón.

2. *Ubi arcano*, 23 de diciembre de 1922.

que este cúmulo de males había invadido la tierra porque la mayoría de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su ley santísima, así en su vida y costumbres como en la familia y en la gobernación del Estado, sino también que nunca resplandecería una esperanza cierta de paz verdadera entre los pueblos mientras los individuos y las naciones negasen y rechazasen el imperio de nuestro Salvador».³

Pío XI, pues, no consideraba temerario referir «aquel cúmulo de males que había invadido la tierra» y de los cuales no era el menor la terrible guerra de 1914-1918, a su causa que era, a su juicio de Pastor universal y Vicario de Jesucristo, el que «la mayoría de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su ley santísima». Tal era el supremo juicio del Pontífice manifestado de forma expresa en una encíclica dirigida a todos los obispos católicos.

Parece hoy, en cambio, que nadie se atreve a juzgar las calamidades humanas como el efecto lógico del alejamiento sistemático y consciente de la ley de Dios. Con esta actitud falsamente conciliadora no se invita a los hombres a ponerse en el verdadero camino de su necesaria salvación y cae así sobre los católicos una parte de responsabilidad en estos males. Cometemos, al menos, un grave pecado de omisión a la par que escandalizamos a los sencillos católicos por nuestra falta de sentido eclesial y sobrenatural.

Y añadía a continuación Pío XI que así como de tal causa procedía tal efecto, recíprocamente no se invertiría la situación social y política de los pueblos en tanto no se volviese al «imperio de nuestro Salvador». Quedaba así resumida la situación y su único remedio. La paz es un don de Dios y sólo Él, que es el Príncipe de la Paz, puede traerla. Recordemos que en 1922 se constituyó la «Sociedad de Naciones» nacida con la intención de evitar la repetición de la gran guerra europea y que no consiguió ni evitar ni atenuar la explosión de la aún más tremenda segunda guerra verdaderamente mundial. El fracaso era patente, como lo es hoy con nuestra irri-

3. *Quas primas*, n. 1.

soria «Organización de las Naciones Unidas» de la que nadie espera que evite guerra o calamidad alguna.

El camino que había llevado a la humanidad a estas enormes convulsiones sociales y a las indescriptibles guerras internacionales, estaba ya jalonado de diversas advertencias papales.

En las encíclicas papales, ya desde Gregorio XVI y particularmente en los documentos del beato Pío IX y, aún más, en las encíclicas de su sucesor León XIII, se insistía en el mal que hacían a la Iglesia –y a la humanidad entera– las ideas del liberalismo que por aquel entonces ganaba terreno ininterrumpidamente en las naciones de Europa antaño fieles hijas de la Iglesia. Los llamados «errores modernos» fueron analizados a la luz de la doctrina perenne de la Iglesia y denunciados en documentos formales de modo reiterado. Los casos más paradigmáticos fueron la encíclica *Quanta cura* de 1864 – con el *Syllabus* como compendio de los principales errores– y las diversas encíclicas leoninas de las que podemos destacar en particular a la *Libertas praestantissimum* de 1888, que concluía una terna de documentos magisteriales en torno a la cuestión de la presencia de la Iglesia en la sociedad civil.

Con un fondo expositivo impecable y una aportación sintética admirable de doctrina cristiana analizaron, contrastaron y juzgaron con aquella autoridad y discernimiento que ejerce la infalibilidad pontificia –antes y después de su definición dogmática– que el mundo no puede encontrar su paz y bienestar si se funda en principios erróneos y nefastos. Desde mediados del siglo XIX las grandes convulsiones sociales impedían la convivencia fraternal de los hombres mientras se anunciaban en el inmediato horizonte, como fruto inevitable de todas las discordias, guerras entre naciones como no las había conocido nunca antes la humanidad. Sus predicciones

sociales fueron ampliamente cumplidas en las décadas posteriores.

Pero el planteamiento de la encíclica *Quas primas* no es de mero análisis y juicio sino que, centrado en la síntesis de todo el mal social, presenta con toda claridad el único remedio posible de forma simple y unitaria.

Este remedio es el reconocimiento de la realeza de Cristo. Y esta encíclica hay que enmarcarla en el camino abierto por la que veinticinco años antes había proclamado León XIII.

En efecto, al finalizar el siglo XIX, y después de los reiterados escritos del infatigable fundador del Apostolado de la Oración, el padre Ramière, S.I., y mediante la providencial intervención de la hoy beata sor María del Divino Corazón, el entonces ya muy anciano León XIII escribió una breve pero muy sustanciosa encíclica titulada *Annum Sacrum*, en referencia al Año Santo que entonces se abría y por la que mandaba la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

Esta encíclica marca una inflexión en el magisterio de la Iglesia. El cambio operado no es lógicamente doctrinal, ni en el plano de la sana filosofía ni en el campo de la sagrada teología, pero se introduce expresamente en la perspectiva eminentemente sobrenatural a la hora de juzgar las múltiples calamidades y verdaderas necesidades de la sociedad a la que la Iglesia está destinada a penetrar con su germen de luz y salvación. Y desde esta perspectiva eminentemente sobrenatural se explica –y se propone– el verdadero y único remedio. Se señala un programa definitivo de acción y se establece inmoviblemente una esperanza. En aquel momento la Iglesia ya no se limita a señalar el mal y a recordar la necesidad de la vuelta a la ley de Dios sino que propone de modo muy concreto un



eficaz remedio. La relación entre ambas encíclicas la puso de manifiesto Pío XI al escribir:

«¿Y quién no echa de ver que ya desde fines del siglo pasado se preparaba maravillosamente el camino a la institución de esta festividad? Nadie ignora cuán sabia y elocuentemente fue defendido este culto en numerosos libros publicados en gran variedad de lenguas y por todas partes del mundo; y asimismo que el imperio y soberanía de Cristo fue reconocido con la piadosa práctica de dedicar y consagrar casi innumerables familias al Sacratísimo Corazón de Jesús. Y no solamente se consagraron las familias, sino también ciudades y naciones. Más aún: por iniciativa y deseo de León XIII fue consagrado al divino Corazón todo el género humano durante el Año Santo de 1900».⁴

La situación se presenta en cierto modo bajo una nueva perspectiva, aun en medio de las tormentas más agitadas, porque se define la lucha entre «las dos ciudades» en términos de estricta referencia al plan de Dios, que permite el mal sólo para sacar mayor bien. Los medios naturales o semisobrenaturales no bastan para frenar el auge de los nuevos planteamientos sociopolíticos nacidos del racionalismo —o sea el naturalismo— y de la cada vez más desvergonzada Ilustración que han dado a luz el sistema liberal y después el socialista, su legítimo sucesor. El planteamiento está ahora puesto en el orden estrictamente sobrenatural.

El programa queda entonces establecido conllevando en su interior, frente al odio que anida entre los hombres sin Dios, la mayor dulzura que los hombres pueden conocer, el amor misericordioso manifestado en aquel Corazón, coronado de espinas y abierto por la lanza, como horno que alimenta el fuego inextinguible del amor divino y humano de Cristo hacia cada uno de los hombres.

Y como un eco de aquella encíclica inolvidable y prolongación de aquella consagración admirable

se sitúa esta segunda encíclica del gran pontífice Pío XI, la encíclica *Quas primas* de la que ahora se cumplen los ochenta años.

En efecto, ¿cómo podía completarse el programa anunciado por León XIII? Recordando al mundo entero que aquel Corazón sagrado que anhela salvar todas las almas quiere, necesita, se propone, ocupar su puesto en medio de la humanidad, esto es, se propone «reinar». Y para que quede más encarnada en la vida cristiana este plan de Dios se establece una fiesta litúrgica que contempla esta dimensión de Cristo. El que es el Salvador es también el Señor, esto es, el Rey de reyes. Tiene derecho a reinar en este mundo y reinará en este mundo. Y entonces, y sólo entonces, vendrán a la humanidad «increíbles beneficios» de los que es el mayor, pero no el único, una verdadera y estable paz. Aquél había sido un Año Santo de especial significación, por celebrarse el veinticinco aniversario de la *Annum Sacrum* y por haber concurrido en Roma una ferviente multitud para asistir a diversas beatificaciones y canonizaciones.

«Habiendo, pues, concurrido en este Año Santo tan oportunas circunstancias para realzar el reinado de Jesucristo, nos parece que cumpliremos un acto muy conforme a nuestro deber apostólico si, atendiendo a las súplicas elevadas a Nos, individualmente y en común, por muchos cardenales, obispos y fieles católicos, ponemos digno fin a este Año Jubilar introduciendo en la sagrada liturgia una festividad especialmente dedicada a Nuestro Señor Jesucristo Rey».⁵

Esta festividad implica la expresa contemplación del programa de Cristo, pues desde su encarnación hasta su resurrección, el cumplimiento de su misión se realizará cuando reine en toda la humanidad.

5. *Ibid.* n. 1.

«Parecen escritas para nuestros días aquellas palabras de los grandes profetas: “Esperamos la paz, y no hay bien alguno; el tiempo de la curación, y todo es pavor; la hora del alivio, y sólo se presenta la angustia. Esperamos la luz, y no vemos más que tinieblas...; la justicia, pero no viene; la salvación, pero está lejos de nosotros”»

Pío XI: *Ubi arcano*

Argumentos de la realeza de Cristo

Testimonio de las Escrituras

Y este fundamento doctrinal está anunciado en las Sagradas Escrituras, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento. A este respecto la encíclica hace una muy breve recensión de algunos de los lugares más característicos en que aparece este título de rey aplicado a Cristo. Estos son los textos que el pontífice pone a nuestra consideración:

«Que Cristo es Rey, lo dicen a cada paso las Sagradas Escrituras.

»Así, le llaman el dominador que ha de nacer de la estirpe de Jacob;¹ el que por el Padre ha sido constituido Rey sobre el monte santo de Sión y recibirá las gentes en herencia y en posesión los confines de la tierra.² El salmo nupcial, donde bajo la imagen y representación de un Rey muy opulento y muy poderoso se celebraba al que había de ser verdadero Rey de Israel, contiene estas frases: *El trono tuyo, ¡oh Dios!, permanece por los siglos de los siglos; el cetro de su reino es cetro de rectitud.*³ Y omitiendo otros muchos textos semejantes, en otro lugar, como para dibujar mejor los caracteres de Cristo, se predice que su reino no tendrá límites y estará enriquecido con los dones de la justicia y de la paz: *Florecerá en sus días la justicia y la abundancia de paz... y dominará de un mar a otro, y desde el uno hasta el otro extremo del orbe de la tierra.*⁴

»A este testimonio se añaden otros, aún más copiosos, de los Profetas, y principalmente el conocidísimo de Isaías: *Nos ha nacido un Párvulo y se nos ha dado un Hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado; y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de Paz. Su imperio será amplificado y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el solio de David, y poseerá su reino para afianzarlo y consolidarlo haciendo reinar la equidad y la justicia desde ahora y para siempre.*⁵ Lo mismo que Isaías vaticinan los demás profetas. Así Jeremías, cuando predice que de la estirpe de David nacerá el *vástago justo*, que cual hijo de David *reinará como Rey y será sabio y juzgará en*

*la tierra.*⁶ Así Daniel, al anunciar que el Dios del cielo fundará un reino, el cual *no será jamás destruido..., permanecerá eternamente;*⁷ y poco después añade: *Yo estaba observando durante la visión nocturna, y he aquí que venía entre las nubes del cielo un personaje que parecía el Hijo del Hombre; quien se adelantó hacia el Anciano de muchos días y le presentaron ante Él. Y dióle éste la potestad, el honor y el reino: Y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán: la potestad suya es potestad eterna, que no le será quitada, y su reino es indestructible.*⁸ Aquellas palabras de Zacarías donde predice al *Rey manso que, subiendo sobre una asna y su pollino, había de entrar en Jerusalén, como Justo y como Salvador, entre las aclamaciones de las turbas,*⁹ ¿acaso no las vieron realizadas y comprobadas los santos evangelistas?¹⁰

Los textos citados son sólo una pequeña muestra de la afirmación de la realeza del Mesías que está prácticamente en la mayoría de los salmos que hablan del Mesías. Pero son particularmente importantes para el objeto de la encíclica los textos del Nuevo Testamento, porque se ha divulgado infundadamente entre muchos católicos que, como Cristo se presentaba manso y humilde, no consintió que se le considerase como rey. Esta falsa idea está muy difundida hasta el punto de considerarse esta abdicación de su realeza como el tema que distingue al Mesías prometido del Jesús nacido en Belén de María virgen. Pero esta interpretación es en el fondo no sólo errónea sino herética, pues Jesús de Nazaret es no sólo el Hijo de Dios sino también el prometido Mesías de Israel y por ambos títulos le compete ser verdadera y plenamente Rey. Por ello es importante atender a la selección de textos ofrecida por la encíclica que se hallan en el Nuevo Testamento:

«Por otra parte, esta misma doctrina sobre Cristo Rey que hemos entresacado de los libros del Antiguo Testamento, tan lejos está de faltar en los del Nuevo que, por lo contrario, se halla magnífica y luminosamente confirmada.

»En este punto, y pasando por alto el mensaje del arcángel, por el cual fue advertida la Virgen que daría a luz un niño a quien Dios había de dar el trono de David su padre y que reinaría eter-

1. Núm 24,19.

2. Sal 2.

3. Sal 44.

4. Sal 71.

5. Is 9,6-7.

6. Jer 23,5.

7. Dan 2,44.

8. Dan 7, 13-14.

9. Zac 9,9.

10. *Quas primas*, n. 7.

namente en la casa de Jacob, sin que su reino tuviera jamás fin,¹¹ es el mismo Cristo el que da testimonio de su realeza, pues ora en su último discurso al pueblo, al hablar del premio y de las penas reservadas perpetuamente a los justos y a los réprobos; ora al responder al gobernador romano que públicamente le preguntaba si era rey; ora, finalmente, después de su resurrección, al encomendar a los apóstoles el encargo de enseñar y bautizar a todas las gentes, siempre y en toda ocasión oportuna se atribuyó el título de rey¹² y públicamente confirmó que es rey,¹³ y solemnemente declaró que le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.¹⁴ Con las cuales palabras, ¿qué otra cosa se significa sino la grandeza de su poder y la extensión infinita de su reino? Por lo tanto, no es de maravillar que san Juan le llame *Príncipe de los reyes de la tierra*,¹⁵ y que Él mismo, conforme a la visión apocalíptica, lleve escrito en su vestido y en su muslo: *Rey de Reyes y Señor de los que dominan*.¹⁶ Puesto que el Padre constituyó a Cristo *heredero universal de todas las cosas*,¹⁷ menester es que reine Cristo hasta que, al fin de los siglos, ponga bajo los pies del trono de Dios a todos sus enemigos».¹⁸



Se funda también en el derecho que esta humanidad adquirió al redimirnos con su verdadera muerte salvadora. Ya vino como rey pero se ganó además este título al salvarnos de nuestra eterna ruina, como hace el mejor de los reyes con sus súbditos. Estos dos argumentos están sucintamente representados en la encíclica, cuando escribe a este respecto:

«Para mostrar ahora en qué consiste el fundamento de esta dignidad y de este poder de Jesucristo, he aquí lo que escribe muy bien san Cirilo de Alejandría: *Posee Cristo soberanía sobre todas las criaturas, no arrancada por fuerza ni quitada a nadie, sino en virtud de su misma esencia y naturaleza*.¹⁹ Es decir, que la soberanía o principado de Cristo se funda en la maravillosa unión llamada hipostática. De donde se sigue que Cristo no sólo debe ser adorado en cuanto Dios por los ángeles y por los hombres, sino que, además, los unos y los otros están sujetos a su imperio y le deben obedecer también en cuanto hombre; de manera que por

el solo hecho de la unión hipostática, Cristo tiene potestad sobre todas las criaturas.

»Pero, además, ¿qué cosa habrá para nosotros más dulce y suave que el pensamiento de que Cristo impera sobre nosotros, no sólo por derecho de naturaleza, sino también por derecho de conquista, adquirido a costa de la redención? Ojalá que todos los hombres, harto olvidadizos, recordasen cuánto le hemos costado a nuestro Salvador. *Fuisteis rescatados no con oro o plata, que son cosas perecederas, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero Inmaculado y sin tacha*.²⁰ No somos, pues, ya nuestros, puesto que Cristo nos ha comprado por precio grande;²¹ hasta nuestros mismos cuerpos son miembros de Jesucristo».²²,²³

Fundamento teológico

POR esta razón forma parte intrínseca de esta breve encíclica los argumentos que fundan esta realeza. La realeza de Cristo no es meramente metafórica sino real. Tiene su fundamento en la unión hipostática, esto es, que la humanidad de Cristo está unida a la persona divina del Hijo de Dios.

11. Lc 1, 32-33.

12. Mt 25, 31-40.

13. Jn 18, 37.

14. Mt 28, 18.

15. Ap 1,5.

16. *Quas primas*, 19, 16.

17. Heb 1,1.

18. *Quas primas*, n. 7-9.

19. In Lucas, 10.

20. 1 Pt 1,18-19.

21. 1 Cor 6,20.

22. 1 Cor 15,25.

23. *Quas primas*, 11-12.

Contenido de la realeza de Cristo

Y hay que entrar ahora en la descripción de esta realeza, para mostrar el carácter real y no metafórico de la expresión «Jesucristo Rey». Por ello la encíclica no olvida manifestar el campo en que se ha de aplicar esta realeza.

Es necesario atender con precisión al desarrollo de las notas de esta realeza, tanto para no exagerar su campo como, sobre todo, para no restringirlo y hacerlo, a la postre, inoperante. Es obvio que hoy tienden los católicos, por influencia casi insospechada del liberalismo, a entender esta realeza de modo marginal a la verdadera vida humana que es siempre necesariamente social. Pertenece al título de rey el derecho de legislar. Por esta razón Cristo promueve la nueva ley del Evangelio, esto es, el nuevo modo de cumplir la antigua ley, porque si bien no vino a anularla sino a cumplirla vino también a llevarla a su plenitud. Tal como lo dice la encíclica:

«Viniendo ahora a explicar la fuerza y naturaleza de este principado y soberanía de Jesucristo, indicaremos brevemente que contiene una triple potestad, sin la cual apenas se concibe un verdadero y propio principado. Los testimonios, aducidos de las Sagradas Escrituras, acerca del imperio universal de nuestro Redentor, prueban más que suficientemente cuanto hemos dicho; y es dogma, además, de fe católica, que Jesucristo fue dado a los hombres como Redentor, en quien deben confiar, y como legislador a quien deben obedecer.»¹ (...) En lo cual se comprende también su derecho de premiar y castigar a los hombres, aun durante su vida mortal, porque esto no puede separarse de una forma de juicio. Además, debe atribuirse a Jesucristo la potestad llamada ejecutiva, puesto que es necesario que todos obedezcan a su mandato, potestad que a los rebeldes inflige castigos, a los que nadie puede sustraerse».²

Es, desde luego, evidente que su reinado es de carácter espiritual, pero espiritual no significa «fuera» de la vida humana individual y colectivamente considerada. Espiritual significa que incide solamente en aquellos asuntos que tienen que ver con la eterna salvación de los hombres y que no quita en modo alguno la autoridad humana en los asuntos estrictamente terrenos. El Reino de Cristo no anula ni excluye la autoridad civil, antes la supone. Pero señala

la el orden en que se estructuran las acciones humanas y en general vivifica la sociedad como el alma vivifica al cuerpo, según la feliz expresión usada por León XIII.

«Sin embargo, los textos que hemos citado de la Escritura demuestran evidéntísimamente, y el mismo Jesucristo lo confirma con su modo de obrar, que este reino es principalmente espiritual y se refiere a las cosas espirituales. (...)

Por otra parte, erraría gravemente el que negase a Cristo-Hombre el poder sobre todas las cosas humanas y temporales, puesto que el Padre le confirió un derecho absolutísimo sobre las cosas creadas, de tal suerte que todas están sometidas a su arbitrio. Sin embargo, mientras vivió sobre la tierra se abstuvo enteramente de ejercitar este poder, y así como entonces despreció la posesión y el cuidado de las cosas humanas, así también permitió, y sigue permitiendo, que los poseedores de ellas las utilicen.

«Acercas de lo cual dice bien aquella frase: *No quita los reinos mortales el que da los celestiales.*³ Por tanto, a todos los hombres se extiende el dominio de nuestro Redentor, como lo afirman estas palabras de nuestro predecesor, de feliz memoria, León XIII, las cuales hacemos con gusto nuestras: *El imperio de Cristo se extiende no sólo sobre los pueblos católicos y sobre aquellos que habiendo recibido el bautismo pertenecen de derecho a la Iglesia, aunque el error los tenga extraviados o el cisma los separe de la caridad, sino que comprende también a cuantos no participan de la fe cristiana, de suerte que bajo la potestad de Jesús se halla todo el género humano.*⁴

»Él es, en efecto, la fuente del bien público y privado. Fuera de Él no hay que buscar la salvación en ningún otro; pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos»^{5,6}.

A propósito de esta cuestión repite lo que ya había escrito en la encíclica *Ubi arcano* acerca de la cuestión del fundamento del gobierno. Si la autoridad en el mandar no muestra su origen divino los ciudadanos no sienten respeto por este modo puramente humano de gobernar y se suprime la principal causa de obedecer. Podemos comprobar cada día más que la sociedad ha entrado en un múltiple des-

1. Conc. Trid., ses.6 c.21.

2. Ibid., 13.

3. Himno *Crudelis Herodes*, en el of. de Epif.

4. Enc. *Annum Sacrum*, 25 mayo 1899.

5. Hech 4,12.

6. *Quas primas*, n. 16.

orden y las medidas meramente coactivas se muestran insuficientes para mantener el orden público. Reitera así la doctrina enseñada por León XIII en la encíclica *Diuturnum illud* sobre el origen y el carácter esencialmente sagrado del poder. El fracaso en el ámbito no sólo político sino simplemente social puede verse a nivel escolar o incluso a nivel familiar. Todo tipo de autoridad ha de reconocer su origen divino.

Recíprocamente, si se pone a Cristo como fundamento de la ley vendrán a toda la sociedad civil «increíbles beneficios», como justa libertad, tranquilidad y paz.

«Él es sólo quien da la prosperidad y la felicidad verdadera, así a los individuos como a las naciones: *porque la felicidad de la nación no procede de distinta fuente que la felicidad de los ciudadanos, pues la nación no es otra cosa que el conjunto concorde de ciudadanos.*⁷ No se nieguen, pues, los gobernantes de las naciones a dar por sí mismos y por el pueblo públicas muestras de veneración y de obediencia al imperio de Cristo si quieren conservar incólume su autoridad y hacer la felicidad y la fortuna de su patria. Lo que al comenzar nuestro pontificado escribíamos sobre el gran menoscabo que padecen la autoridad y el poder legítimos, no es menos oportuno y necesario en los presentes tiempos, a saber: «Desterrados Dios y Jesucristo –lamentábamos– de las leyes y de la gobernación de los pueblos, y derivada la autoridad, no de Dios, sino de los hombres, ha sucedido que... hasta los mismos fundamentos de autoridad han quedado arrancados, una vez suprimida la causa principal de que unos tengan el derecho de mandar y otros la obligación de obedecer. De lo cual no ha podido menos de seguirse una violenta conmoción de toda la humana sociedad privada de todo apoyo y fundamento sólido».⁸

»En cambio, si los hombres, pública y privadamente, reconocen la regia potestad de Cristo, necesariamente vendrán a toda la sociedad civil increíbles beneficios, como justa libertad, tranquilidad y disciplina, paz y concordia. La regia dignidad de Nuestro Señor, así como hace sacra en cierto modo la autoridad humana de los jefes y gobernantes del Estado, así también ennoblece los deberes y la obediencia de los súbditos. Por eso el apóstol san Pablo, aunque ordenó a las ca-

sadas y a los siervos que reverenciasen a Cristo en la persona de sus maridos y señores, mas también les advirtió que no obedeciesen a éstos como a simples hombres, sino sólo como a representantes de Cristo, porque es indigno de hombres redimidos por Cristo servir a otros hombres: *Rescatados habéis sido a gran costa; no queráis haceros siervos de los hombres.*⁹

Y si los príncipes y los gobernantes legítimamente elegidos se persuaden de que ellos mandan, más que por derecho propio por mandato y en representación del Rey divino, a nadie se le ocultará cuán santa y sabiamente habrán de usar de su autoridad y cuán gran cuenta deberán tener, al dar las leyes y exigir su cumplimiento, con el bien común y con la dignidad humana de sus inferiores. De aquí se seguirá, sin duda, el florecimiento estable de la tranquilidad y del orden, suprimida toda causa de sedición; pues aunque el ciudadano vea en el gobernante o en las demás autoridades públicas a hombres de naturaleza igual a la suya y aun indignos y vituperables por cualquier cosa, no por eso rehusará obedecerles cuando en ellos contemple la imagen y la autoridad de Jesucristo, Dios y hombre verdadero».¹⁰

Y anuncia el pontífice la realización de aquellos bienes específicamente mesiánicos, «caerán de las manos las espadas y las armas». Al reconocimiento de la realeza de Cristo está reservado el cumplimiento de aquellos bienes prometidos de modo que tenemos derecho a tomar aquellas profecías como exageraciones lingüísticas de los Profetas, pero sí tenemos obligación de ponerlas en relación con la aceptación de la soberanía de Cristo.

«Oh, ¡qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejaran gobernar por Cristo! *Entonces verdaderamente –diremos con las mismas palabras que nuestro predecesor León XIII dirigió hace veinticinco años a todos los obispos del orbe católico–, entonces se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten de buena voluntad el imperio de Cristo, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.*¹¹

7. S. Agustín, *Ep. ad Macedonium* c.3.

8. Enc. *Ubi arcano*.

9. 1 Cor 7,23.

10. *Quas primas*, n. 18.

11. Enc. *Annum Sacrum*, 25 mayo 1899.

La fiesta de Cristo Rey, remedio contra el laicismo

Y lo más aparentemente paradójico acontece cuando el anuncio de la nueva fiesta de Cristo Rey se hace con plena conciencia de que las sociedades políticas han establecido definitivamente el secularismo como el modo de entender la vida social y política de los pueblos. Secularismo que consiste en expulsar a Dios de la sociedad, de los parlamentos, de las leyes, de las instituciones, en particular de la educación y, en definitiva, del gobierno de los hombres.

Y es en este contexto adverso y en esta circunstancia que la fiesta cobra su actualidad. El laicismo actúa como una perniciosa herejía que exige, como en todos los tiempos de la Iglesia, ser denunciada y aplicarse a conocer la verdad que la tal herejía niega. Y actúa también como un grave peligro que pide el conocimiento y la esperanza del beneficio que se derivará de la institución de la fiesta.

La religión está definitivamente puesta al margen de la vida social. Suena el eco del texto del Evangelio en la parábola del dueño de la viña cuando dicen los viñadores: «No queremos que éste reine sobre nosotros».¹

«Por otra parte, los documentos históricos demuestran que estas festividades fueron instituidas una tras otra en el transcurso de los siglos, conforme lo iban pidiendo la necesidad y utilidad del pueblo cristiano, esto es, cuando hacía falta robustecerlo contra un peligro común, o defenderlo contra los insidiosos errores de la herejía, o animarlo y encenderlo con mayor frecuencia para que conociese y venerase con mayor devoción algún misterio de la fe, o algún beneficio de la divina bondad».²

Los pontífices del siglo XIX ya denunciaban que el llamado «derecho nuevo» era en realidad la negación de todo derecho. Y los católicos, en particular, quedaban advertidos, de una vez por todas, de la falsa libertad del liberalismo. El resumen de la situación establecida como programa por el liberalismo —ahora llamado habitualmente «democracia», entendida al modo liberal como la ausencia de toda doctrina social superior a la voluntad humana— lo ofreció admirablemente León XIII cuando, hablando de la verdadera y necesaria libertad, en la que sobresale la de practicar la religión, escribió: «Por el contrario, los partidarios del libera-

lismo, que atribuyen al Estado un poder despótico e ilimitado y afirman que hemos de vivir sin tener en cuenta para nada a Dios, rechazan totalmente esta libertad».³ El sistema del liberalismo impone como marco de actuación en la vida política y social el «laicismo», esto es, la desaparición sistemática de la religión en cualquier ámbito relevante de la vida social.

«Y si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello provereemos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo* con sus errores y abominables intentos; y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad».⁴

La encíclica ofrece además la sucinta historia del laicismo. He aquí la síntesis de los diversos pasos por los que ha pasado desde la modernidad laica la relación entre la Iglesia y el Estado. Este proceso que tiene diversas fases responde a un único plan y empieza con la negación del imperio de Cristo para acabar en la religión de la impiedad.

«Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios».⁵

Expone el pontífice los frutos amarguísimos de

1. Lucas, 19, 14.

2. *Quas primas*, n. 21.

3. León XIII, *Libertas praestantissimum*, 20 de junio de 1888, n. 22.

4. *Quas primas*, n. 23.

5. *Ibid.*, n. 23.

este alejamiento de Cristo. El Papa se refería a los odios y rivalidades entre los pueblos que no sólo impedían la paz sino que en realidad –aunque Pío XI murió antes de comenzar la segunda gran guerra– preparaban la próxima conflagración mundial con un horror hasta entonces desconocido. Piénsese en los bombardeos sistemáticos de poblaciones civiles que nunca había conocido la humanidad. Pero Pío XI lo resumió perfectamente al hablar de la «muerte de la humana sociedad».

«Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, los hemos lamentado ya en nuestra encíclica *Ubi arcano*, y los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan, todavía, el restablecimiento de la paz; las codicias desenfrenadas, que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio; y, brotando de todo esto, las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y comodidades y midiéndolo todo por ellas; destruida de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de

las familias; y, en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad».⁶



La celebración de la fiesta recién instituida significará un acto de reparación por el daño causado por el laicismo. La consigna final es muy explícita: cuanto más se oprime con indigno silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, en las reuniones internacionales y en los parlamentos, tanto más alto hay que gritarlo y con mayor publicidad hay que afirmar los derechos de su real dignidad y potestad. Las palabras de la encíclica son muy claras a este respecto. Por esta razón termina la encíclica con este juicio sobre la oportunidad de esta fiesta:

«Además, para condenar y reparar de alguna manera esta pública apostasía, producida, con tanto daño de la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey entre todas las gentes? En verdad: cuanto más se oprime con indigno silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, en las reuniones internacionales y en los Parlamentos, tanto más alto hay que gritarlo y con mayor publicidad hay que afirmar los derechos de su real dignidad y potestad».⁷

6. *Ibid.*, n. 24.

7. *Ibid.*, 25.

Tributando estos honores a la soberanía real de Jesucristo, recordarán necesariamente los hombres que la Iglesia, como sociedad perfecta instituida por Cristo, exige –por derecho propio e imposible de renunciar– plena libertad e independencia del poder civil; y que en el cumplimiento del oficio encomendado a ello por Dios, de enseñar, regir y conducir a la eterna felicidad a cuantos pertenecen al reino de Cristo, no pueden depender del arbitrio de nadie.

Pío XI: *Quas primas*, n. 32

«Se estableció el reinado sobre el mundo del Señor nuestro y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11,15)

JAVIER JAURRIETA GALDIANO, HNSSC

CADA uno de nosotros que nos sentimos miembros del Apostolado de la Oración y que ofrecemos diariamente nuestra vida en unión con Cristo por la redención del mundo, rezamos fervientemente el padrenuestro suplicando que «venga a nosotros tu reino» y que «se haga tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo». Mientras contemplamos, a veces con perplejidad, los acontecimientos de la historia de las naciones que se empeñan en sacudir de sí mismas el yugo suave y ligero del imperio de Cristo.

Nos conviene recordar una vez más desde las páginas de CRISTIANDAD lo que como fieles hijos de la Iglesia hemos recibido y tenemos la misión de transmitir: la realeza de Cristo, realeza que se produce a pesar de los enemigos que se oponen a ella, según las promesas hechas a santa Margarita María de Alacoque y según está enseñado por el magisterio de la Iglesia.

Cristo es rey

QUE Cristo es rey lo dice a cada paso el Antiguo Testamento. Baste como ejemplo el salmo 2: «Pídemelo y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra» o este otro texto de Isaías: «Nos ha nacido un Párvulo y se nos ha dado un Hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado; y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz. Su imperio será amplificado y la paz no tendrá fin; se sentará sobre el solio de David, y poseerá su reino para afianzarlo y consolidarlo haciendo reinar la equidad y la justicia desde ahora y para siempre».

También es una verdad en el Nuevo Testamento: «En este punto, y pasando por alto el mensaje del arcángel, por el cual fue advertida la Virgen que daría a luz un niño a quien Dios había de dar el trono de David su padre y que reinaría eternamente en la casa de Jacob, sin que su reino tuviera jamás fin, es el mismo Cristo el que da testimonio de su realeza, pues ora en su último discurso al pueblo, al hablar del premio y de las penas reservadas perpetuamente a

los justos y a los réprobos; ora al responder al gobernador romano que públicamente le preguntaba si era Rey; ora, finalmente, después de su resurrección, al encomendar a los apóstoles el encargo de enseñar y bautizar a todas las gentes, siempre y en toda ocasión oportuna se atribuyó el título de rey y públicamente confirmó que es rey, y solemnemente declaró que le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Con las cuales palabras, ¿qué otra cosa se significa sino la grandeza de su poder y la extensión infinita de su reino? Por lo tanto, no es de maravillar que san Juan le llame Príncipe de los reyes de la tierra, y que Él mismo, conforme a la visión apocalíptica, lleve escrito en su vestido y en su muslo: Rey de Reyes y Señor de los que dominan. Puesto que el Padre constituyó a Cristo heredero universal de todas las cosas, menester es que reine Cristo hasta que, al fin de los siglos, ponga bajo los pies del trono de Dios a todos sus enemigos» (*Quas primas*).

Sobre qué reina Cristo

Es indudable que Cristo tiene un reinado en sentido metafórico a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas y así se dice que reina sobre las inteligencias, sobre las voluntades y sobre los corazones de los hombres, pero erraría quien redujera a este sentido metafórico la realeza de Cristo ya que también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo en cuanto hombre se dice de Él que recibió del Padre *la potestad, el honor y el reino*; porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener común con él lo que es propio de la divinidad y, por tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas.

Esta realeza en sentido propio la tiene en virtud de la unión hipostática y del amor redentor con que nos ha rescatado del dominio de Satanás.

Y no se puede reducir su campo de dominio a

sólo al ámbito de las conciencias o de los individuos, porque «erraría gravemente el que negase a Cristo-Hombre el poder sobre todas las cosas humanas y temporales, puesto que el Padre le confirió un derecho absolutísimo sobre las cosas creadas, de tal suerte que todas están sometidas a su arbitrio» (*Quas primas*).

Así pues, de las enseñanzas del magisterio de la Iglesia hemos de afirmar el hecho de la realeza de Cristo y el derecho que Cristo tiene para reinar en este mundo, no sólo en las conciencias individuales sino en la entera sociedad.

Cuándo se realizará de hecho este derecho de Cristo es lo que no nos ha sido revelado, porque no nos toca a nosotros conocer el tiempo y el momento fijado por el Padre con su autoridad, pero sin embargo hemos de estar atentos al cumplimiento de las promesas de Cristo, y nuestro corazón ha de arder en el fuego redentor que el Señor vino a traer a la tierra y que ya querría ver ardiendo.

Toda esta doctrina acerca de la realeza de Cristo se vive ya ahora, y la humanidad redimida recibe los innumerables beneficios del reconocimiento de Cristo como Señor de Señores y Rey de Reyes. Cada vez que vivimos una de las bienaventuranzas expresadas por Cristo estamos estableciendo el Reino de Cristo. Las familias que se consagran al Corazón de Jesús, los matrimonios que se guardan amor, fidelidad y respeto mutuo bajo el amparo de Nuestra Señora, los jóvenes que entregan su vida bajo la bandera de Cristo «sumo y eterno capitán», las asociaciones de todo tipo, las escuelas, las universidades y todo aquello que perteneciendo al orden natural ha sido «sobrenaturalizado» por la virtud de la caridad es ejemplo vivo y fecundo del suave yugo y la carga ligera de la realeza de Cristo. Por esto hay naciones consagradas al Corazón de Jesús, por eso hay innumerables mártires que han dado su vida por el Señor, por esto hay millones de fieles cristianos que viven cada día gracias a los milagros cotidianos que el Corazón de Jesús hace por medio de su Madre Inmaculada.

Y así reina ya entre nosotros, reina allí donde es amado, y aceptado con gusto por los hombres y las instituciones, porque el reinado de Cristo que nos trae las promesas es el aceptado libremente por los hombres.

Y llegará un día en que esta amorosa aceptación por parte de los hombres se dará en este mundo con una totalidad moral que hará que el derecho de Cristo adquirido al precio de su sangre sea un hecho, que culminará la presencia del Reino de Cristo en este mundo creado. Y con ella vendrá el Titular de ese reino, para culminar, llevar a plenitud y hacer participar a toda la humanidad de los beneficios de la redención.

Pronto, aunque no de manera inminente

A propósito, pues, de esta segunda venida debemos afirmar varias cosas: primero, que vendrá, pronto aunque no de manera inminente; y segundo, que hay señales o signos que nos anuncian su venida. Y todo ello de acuerdo con el magisterio de la Iglesia, que de modo expreso se ha vuelto a confirmar en el nuevo Catecismo.

Que vendrá, está afirmado en gran número de pasajes de la Escritura. Hb 9,28; Mt 16,27; Hch 1,10, Mt 24 entero..., de manera que nadie puede negar esta verdad. Lo afirmamos y decimos en el Credo: desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. El nuevo Catecismo de la Iglesia en el número 673 afirma: «El advenimiento del Cristo en la gloria es inminente; se puede producir en cualquier momento, aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén retenidos en las manos de Dios (cf. 2Tes 2, 3-12)».

Ciertamente nos podemos preguntar el cuándo, no por una curiosidad malsana sino con un ansia de Dios: ¿Hasta cuando, por fin, te acordarás Dios de mí? Y de su gloria «No a nosotros, Señor, sino a tu Nombre da la gloria». Por eso, cada día la liturgia de la Iglesia nos enseña a clamar «Ven, Señor Jesús», y lo hacemos después de que ya ha descendido real y verdaderamente a la Hostia, así que no clamamos por esa venida que ya ha sucedido sino por la que todavía estamos esperando, no cabe duda, los cristianos: «anunciamos la muerte y proclamamos la resurrección del Señor hasta que Él vuelva».

PRONTO, RELATIVAMENTE, NO INMINENTE. Ante todo tengamos paciencia, dice san Pedro: «ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día» (2 Pt 3,8). Los hombres hablamos de espera paciente cuando lo que está por llegar es algo bueno, si fuese malo hablaríamos de inquietud, resignación... la Iglesia, ante esta segunda venida habla de paciencia porque antes de ella han de suceder algunas cosas. San Pablo se lo advierte así a los cristianos de Tesalónica, enterado de que algunos creyendo inminente la venida de Cristo dejaban de trabajar. Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el hombre impío –es el Anticristo, como lo ha llamado toda la tradición, nombrado así por san Juan (1 Jn 2,18; 4,3; 2 Jn 7) y caracterizado por el profeta Daniel (Dn 11, 36)– que no ha de aparecer hasta que sea retirado el obstáculo que por el momento lo retiene (2Tes 2, 1ss).

Cristo mismo había anunciado que el fin no había de venir antes de ser proclamado el Evangelio al mundo entero (Mt 24,14).

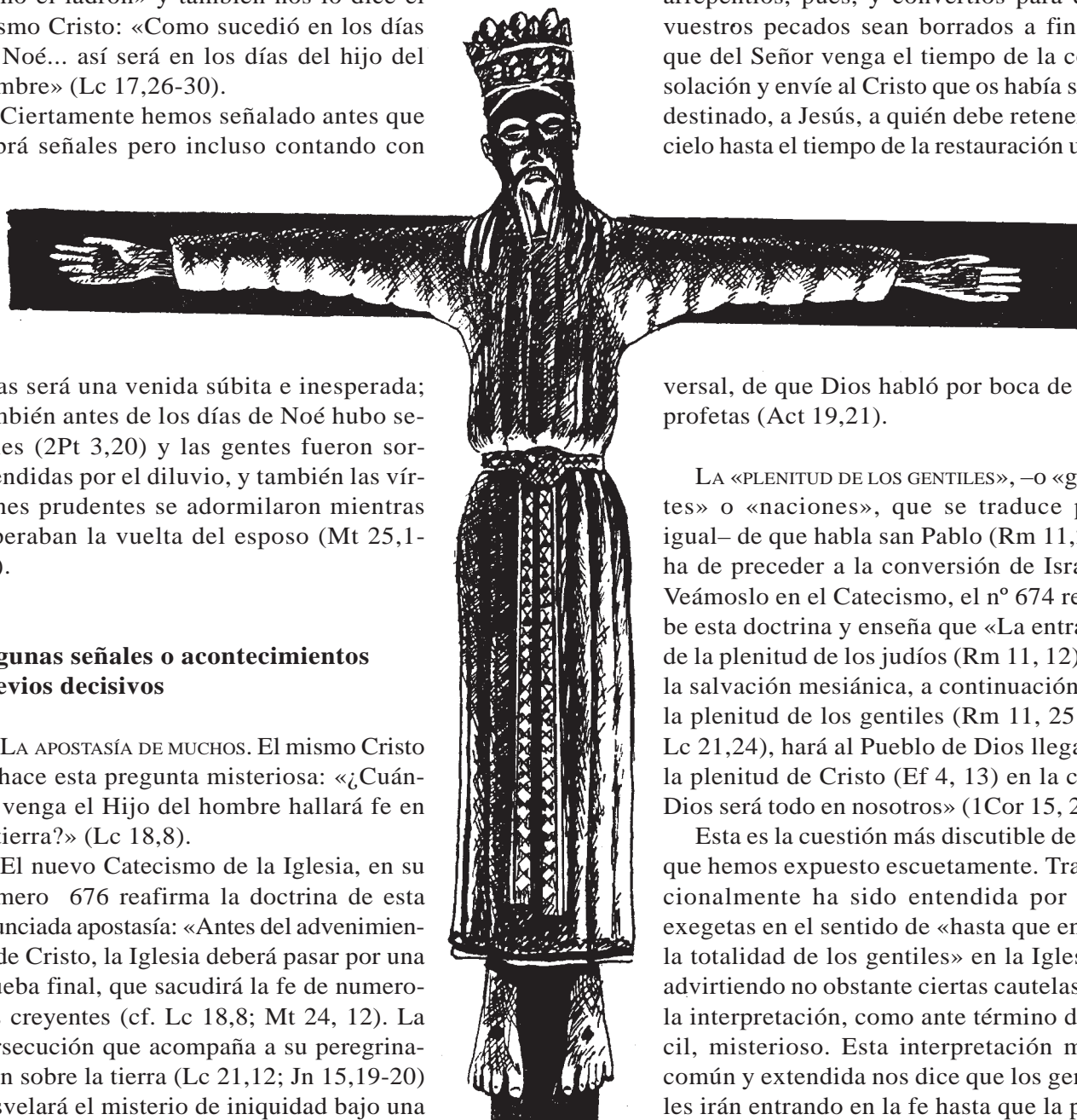
LA «HORA» ES DESCONOCIDA. Cristo no la revela.

La sabe, pero no para comunicarla a los hombres (Mc 13, 32).

LA «HORA» SERÁ SÚBITA E INESPERADA. Así lo dicen san Pedro (2 Pt 3,10) y san Pablo (1Tes 5,2) y san Juan (Ap 16,15): «El día del Señor vendrá como el ladrón» y también nos lo dice el mismo Cristo: «Como sucedió en los días de Noé... así será en los días del hijo del hombre» (Lc 17,26-30).

Ciertamente hemos señalado antes que habrá señales pero incluso contando con

ma: «La venida del Mesías glorioso, en un determinado momento de la historia (cf. Rm 11,31), se vincula al reconocimiento del Mesías por todo Israel (Rm 11,26; Mt 23,39) del que una parte está endurecida (Rm 11,25) en la incredulidad (Rm 11,20) respecto a Jesús. San Pedro dice a los judíos: arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quién debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración uni-



ellas será una venida súbita e inesperada; también antes de los días de Noé hubo señales (2Pt 3,20) y las gentes fueron sorprendidas por el diluvio, y también las vírgenes prudentes se adormilaron mientras esperaban la vuelta del esposo (Mt 25,1-13).

Algunas señales o acontecimientos previos decisivos

LA APOSTASÍA DE MUCHOS. El mismo Cristo se hace esta pregunta misteriosa: «¿Cuándo venga el Hijo del hombre hallará fe en la tierra?» (Lc 18,8).

El nuevo Catecismo de la Iglesia, en su número 676 reafirma la doctrina de esta anunciada apostasía: «Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final, que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18,8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (Lc 21,12; Jn 15,19-20) desvelará el misterio de iniquidad bajo una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudomesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en carne» (cf 2 Tes 2, 4-12; 1Tes 5, 2-3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18-22).

LA CONVERSIÓN DE ISRAEL. También en el Catecismo de la Iglesia católica, en el número 674 se afir-

versal, de que Dios habló por boca de los profetas (Act 19,21).

LA «PLENITUD DE LOS GENTILES», –o «gentes» o «naciones», que se traduce por igual– de que habla san Pablo (Rm 11,25) ha de preceder a la conversión de Israel. Veámoslo en el Catecismo, el nº 674 recibe esta doctrina y enseña que «La entrada de la plenitud de los judíos (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de la plenitud de los gentiles (Rm 11, 25; cf Lc 21,24), hará al Pueblo de Dios llegar a la plenitud de Cristo (Ef 4, 13) en la cual Dios será todo en nosotros» (1Cor 15, 28).

Esta es la cuestión más discutible de las que hemos expuesto escuetamente. Tradicionalmente ha sido entendida por los exegetas en el sentido de «hasta que entre la totalidad de los gentiles» en la Iglesia, advirtiendo no obstante ciertas cautelas en la interpretación, como ante término difícil, misterioso. Esta interpretación muy común y extendida nos dice que los gentiles irán entrando en la fe hasta que la plenitud de los mismos reconozca al Señor, para preparar el camino de la conversión de los judíos.

Menos común ha sido la interpretación de «hasta que entre la plenitud de los gentiles» en el sentido de «apostasía de las naciones», como tiempos maduros –«plenos»– para la conversión de Israel, para que se cumpla también en el futuro como en el tiempo de san Pablo que el rechazo de Cristo por el judío fue la salvación del gentil, así será que el rechazo de Cristo por el gentil será la salvación del judío (Rm 11) porque «a todos igual-

«Majestad»
de Beget
(Gerona)

mente encerró Dios en la rebeldía para tener de todos misericordia» (Rm 11,32). Así lo interpretó san Jerónimo, que sencillamente afirmaba que a la anunciada conversión de los judíos precederá la apostasía de los gentiles. Y así se entendía que la futura conversión de Israel habría de ser para todos los pueblos como un cambio de muerte a vida: «Porque si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?» (Rm 11,15).

El actual Catecismo de la Iglesia, cuya escatología supone un progreso y desarrollo doctrinal respecto de catecismos anteriores, zanja de hecho la cuestión por dos razones notorias: al afirmar en el número 677 que «el reino de Cristo no se realizará... mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13,8) en forma de un progreso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20,7-10) que hará descender desde el cielo a su esposa (cf Ap 20,12); y al vincular la conversión de Israel a la segunda venida (Catecismo núm. 674).

Por último, conviene hacer siempre una advertencia que ya hemos apuntado al principio. Al hablar de estos temas no nos mueve un espíritu de curiosidad o un afán inmoderado de conocer el futuro, sino unas ganas de aumentar nuestro cariño al Señor, nuestra identificación con Él, nuestra esperanza en Él, nos mueve la necesidad de no perder la calma, la alegría interior, la confianza de niños depositada en nuestro padre, porque todo esto está dicho para que cuando ocurra supiésemos que estaba anunciado y no perdamos la calma, pues si el mismo Cristo nos dio este consuelo, ¿no sería un tanto soberbio decir que no lo necesitamos? Así, refugiados en el seno de la Iglesia, «Madre y Maestra», aprendamos a amar y confiar en el Señor, que aliente nuestra esperanza, nos haga incansables apóstoles del amor misericordioso de su Corazón y nos haga pedir continuamente a la Virgen María poder participar de su triunfo aquí en la tierra si es su designio amoroso, y sino y siempre en el cielo donde ya no hay ni llanto, ni luto ni dolor, sino paz y alegría perpetua.

Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, pues fuiste degollado y nos rescataste para Dios en tu sangre de toda tribu, lengua, y pueblo, y nación, y los hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes y reinan sobre la tierra.

Y vi, y oí como voz de muchos ángeles enrededor del trono y de los seres vivientes y de los ancianos; y era su número miríadas de miríadas y millares de millares, que decían con voz potente: Digno es el Cordero, que fue degollado, de recibir la potencia, y riqueza, y sabiduría, y fuerza, y honor, y gloria, y bendición. Y toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y todas cuantas cosas hay en ellos, oí que decían: Al que está sentado sobre el trono y al Cordero la bendición, y el honor, y la gloria, y el poderío por los siglos de los siglos.

Ap 5,9-13

«Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres en el cual hayamos de ser salvos» (Hch 4,12)

JOSÉ I. ARANGUREN AZPARREN

«Posee Cristo soberanía sobre todas las criaturas, no arrancada por fuerza ni quitada a nadie, sino en virtud de su misma esencia y naturaleza.»

San Cirilo de Alejandría, *In Luc.* 10

*El Verbo encarnado es mediador entre Dios y los hombres*¹

«Los tiempos actuales, desde el siglo XVIII en adelante, se caracterizan por la llamada del Espíritu Santo a la vida interior sobrenatural de incorporación a Jesucristo; y es precisamente la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que expresa la intimidad del Salvador, el medio providencial sugerido por Él mismo y tan recomendado por la Santa Iglesia, para progresar en ese conocimiento de lo más íntimo y bello de Jesucristo y en el consiguiente amor.»

Esta tesis nuclear del jesuita Enrique Ramière (1821-1884), promotor insigne del Apostolado de la Oración, orientó su vida toda para trabajar, padecer y consumirse por la extensión del Reino Social de Jesucristo.

La explicación de los planes divinos de la creación –teología de la historia– se sintetiza en un ideal: «Recapitular todas las cosas en Cristo». El reinado de Jesucristo es el que se da cuando cada uno lo conoce y lo reconoce como Verbo encarnado, Creador y Redentor; lo ama, y, a impulso del amor, le sirve, esto es, cumple su santísima voluntad.

»Dios quiere ser glorificado en el mundo por medio de Jesucristo. El Verbo encarnado es mediador entre Dios y los hombres; este título le hace heredar los derechos de Dios sobre el hombre. Esta ley de la Providencia no consiste sino en aplicar a la historia lo que san Pablo expresó con admirable precisión cuando dijo: «Uno es Dios, uno también el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre, Cristo Jesús» (1 Tim 2,5).

1. Enrique Ramière, *Las esperanzas de la Iglesia*, Barcelona, Publicaciones Cristiandad, 1961, Prólogo, págs. 55, 64-65.

El establecimiento de este reinado de hecho en todos y cada uno de los hombres implica en ellos una transformación que, en realidad, es una divinización. Porque se destruye el hombre viejo y se engendra el nuevo; y el nuevo es el que reproduce en lo posible al mismo Jesucristo en sus pensamientos, afectos, sentimientos y acciones, conforme a la expresión de san Pablo: *Revestíos del Señor Jesucristo (Rom 13,14)*.

Cuando esta divinización se hubiese obrado en todos los hombres, habría llegado realmente el reino de Jesucristo a su perfección. Porque, asimilados así todos a Cristo, actuarían conforme a su Espíritu en todas las proyecciones de la vida: en el fuero individual y en el familiar, en el privado y en el público; y la misma sociedad civil espontáneamente se organizaría de forma que no sólo no pusiera obstáculos a la vida sobrenatural del cristiano, antes le crease las convenientes facilidades. Esta divinización del hombre es el fin al que se dirigen todos los planes de la providencia, mediante la gracia primero y después por la visión beatífica.

»Este título de *Mediador*, dado al Verbo hecho carne, resume admirablemente todos los designios de Dios sobre la humanidad; nos hace comprender que por Él quiere Dios comunicarse con el hombre, y que por Él también se debe el hombre llenar de la plenitud de Dios (Ef 3,19). Si la religión es una comunicación amorosa entre Dios y su criatura, Jesucristo es, en el orden presente, el único mediador de este divino trato. Y ¡cosa admirable! no es solamente el Mediador, sino que además es su objeto; pues Dios nos lo da; por Él se nos da Dios, y nos da todas las cosas; a Él también ofrecemos a Dios y por Él pagamos sobreabundantemente todas nuestras deu-

das. Su actividad tiene un doble movimiento: viene sin cesar de Dios a nosotros y va de nosotros a Dios. Por una parte, pone a Dios a nuestro alcance; por otra, nos pone en disposición de elevarnos hasta Dios. Sus enseñanzas nos muestran la verdad divina, su ley interior nos capacita para comprenderla. Su divino rostro refleja en nuestras débiles miradas los rasgos de la divina hermosura, el instinto de su Espíritu incita a nuestros corazones, aunque enteramente carnales, a ser semejantes a Él. En una palabra, como en Él Dios se ha hecho hombre, en Él también los hombres deben ser divinizados.

»Todos los planes de Dios, todos los dogmas y todos los preceptos de la religión, todos los deberes y todas las esperanzas del hombre, todos los destinos de la sociedad y todas las leyes de la historia están encerradas en esa palabra.

»(...) Por otra parte, nuestra naturaleza encuentra, en la unión con esta divina Cabeza, el cumplimiento superabundante de todas sus necesidades, y la infinita realización de sus más atrevidos ensueños. El hombre tiene por naturaleza hambre de lo infinito, y ¿qué no ha hecho para saciarla? Toda su existencia, según la expresión de san Pablo, no ha sido desde el principio, otra cosa que una serie de

esfuerzos para alcanzar y palpar ese infinito, cuya espiritualidad no le permitía jamás aprehender, por más que permaneciese siempre presente a él por su inmensidad (Hch 17, 27). Además no podía el hombre satisfacer esa aspiración sublime sino en los absurdos de la idolatría o en las quimeras del panteísmo. Con la idolatría se esforzaba por humanizar a Dios, pero no lo conseguía sino despojándole de su divinidad. Con el panteísmo, al contrario, creía poder divinizar al hombre, pero no lo alcanzaba sino aniquilando su humanidad. En ambas tendencias los esfuerzos por unir lo infinito y lo finito eran igualmente estériles y no servían sino para demostrar a la vez la grandeza de su vocación y la profundidad de su caída. Pero estas irresistibles tendencias hacia lo infinito, que, fuera de Jesucristo, hubieran desembocado en el absurdo y en el crimen, Jesucristo las muestra realizadas en su persona, por lo que se refiere a nuestra común naturaleza, y pone a cada uno de los hombres en estado de realizarlas en sí mismo. Dios, sustancialmente unido, en Jesucristo, a nuestra naturaleza por medio de la Encarnación, se da del todo a cada uno de los hombres por su gracia y se ofrece a comunicar a todos por la gloria la dicha en su compañía.»

El orden jerárquico puesto por Dios en la creación Carta de Donoso Cortés al cardenal Fornari² (1852)

Donoso Cortés (1809-1853) denunció públicamente el pensamiento optimista del progreso indefinido tal y como lo concebía la sociedad liberal decimonónica. Cuando el ambiente general era el de la muerte del cristianismo, que había cumplido su misión histórica, y se planteaba qué nueva religión iba a sustituirlo (Saint Simon y Comte intentaron inventarlas), Donoso Cortés se atreve a proclamar la vigencia de la Revelación por responder a lo real; cuando la corriente general de la época daba primacía a lo estrictamente económico.

La razón por la que Europa está abocada a ca-

»Entre los errores contemporáneos no hay ninguno que no se resuelva en una herejía; y entre las herejías contemporáneas no hay ninguna que no se resuelva en otra, condenada de antiguo por la Iglesia. En los errores pasados, la Iglesia ha condenado los errores presentes y los errores futuros. Idénticos entre sí cuando se les considera desde el punto de vista de su naturaleza y de su origen, los errores ofre-

tástrofes insospechadas se debe a la ceguera de la sociedad (y de los gobernantes) que deliberadamente han dejado al margen a Dios y al mundo sobrenatural para organizar un mundo del que se ha eliminado la máxima realidad. Existe un orden físico y moral establecido por Dios y que la Iglesia católica enseña constantemente a los hombres, cuyo orden está regido por leyes inmutables. El mundo ha negado estas leyes, ha inventado otras nuevas desconociendo las establecidas por Dios, pero no ha podido, ni puede, destruirlas o eliminarlas.

cen, sin embargo, el espectáculo de una variedad portentosa cuando se les considera desde el punto de vista de sus aplicaciones. Mi propósito hoy es considerarlos más bien por el lado de sus aplicaciones que por el de su naturaleza y origen; más bien por lo que tienen de político y social que por lo que tienen de puramente religioso; más bien por lo que tienen de vario que por lo que tienen de idéntico; más bien por lo que tienen de mudable que por lo que tienen de absoluto.

»Hubo un tiempo en que la razón humana, com-

2. *Obras completas de Juan Donoso Cortés*, Madrid, BAC, 1946, t. II, p. 613-630.

placiéndose en locas especulaciones, se mostraba satisfecha de sí cuando había logrado oponer una negación a una afirmación en las esferas intelectuales; un error a una verdad en las ideas metafísicas; una herejía a un dogma en las esferas religiosas. Hoy día esa misma razón no queda satisfecha si no desciende a las esferas políticas y sociales, para conturbarlo todo, haciendo salir, como por encanto, de cada error un conflicto, de cada herejía una revolución, y una catástrofe gigantesca de cada una de sus soberbias negaciones.

(...) »Descartadas así las cuestiones puramente teológicas, he puesto mi atención en aquellas otras que, siendo teológicas en su origen y en su esencia, han venido a convertirse, sin embargo, en virtud de transformaciones lentas y sucesivas, en cuestiones políticas y sociales.

»Los errores contemporáneos son infinitos; pero todos ellos, si bien se mira, tienen su origen y van a morir en dos negaciones supremas: una, relativa a Dios, y otra, relativa al hombre. La sociedad niega de Dios que tenga cuidado de sus criaturas, y del hombre, que sea concebido en pecado. Su orgullo ha dicho al hombre de estos tiempos dos cosas, y ambas se las ha creído: que no tiene lunar y que no necesita de Dios; que es fuerte y que es hermoso; por eso le vemos engreído con su poder y enamorado de su hermosura.

»Supuesta la negación del pecado, se niegan, entre otras muchas, las cosas siguientes: que la vida temporal sea una vida de expiación y que el mundo en que se pasa esta vida deba ser un valle de lágrimas; que la luz de la razón sea flaca y vacilante; que la voluntad del hombre esté enferma; que el placer nos haya sido dado en calidad de tentación, para que nos libremos de su atractivo; que el dolor sea un bien, aceptado por un motivo sobrenatural, con una aceptación voluntaria; que el tiempo nos haya sido dado para nuestra santificación; que el hombre necesite ser santificado.

»Supuestas estas negaciones se afirman, entre otras muchas, las cosas siguientes: que la vida temporal nos ha sido dada para elevarnos por nuestros propios esfuerzos, y por medio de un progreso indefinido, a las más altas perfecciones; que el lugar en que esta vida se pasa puede y debe ser radicalmente transformado por el hombre; que siendo sana la razón del hombre no hay verdad ninguna a que no pueda alcanzar; y que no es verdad aquella a que su razón no alcanza: que no hay otro mal sino aquel que la razón entiende que es mal, ni otro pecado que aquel que la razón nos dice que es pecado; es decir, que no hay otro mal ni otro pecado sino el mal y el pecado filosófico; que siendo recta de suyo, no necesita ser rectificada la voluntad del hombre; que debemos huir el dolor y buscar el placer; que el tiem-

po nos ha sido dado para gozar del tiempo, y que el hombre es bueno y sano de suyo.

»Estas negaciones y estas afirmaciones con respecto al hombre conducen a otras negaciones y a otras afirmaciones análogas con respecto a Dios. En la suposición de que el hombre no ha caído procede negar, y se niega, que el hombre haya sido restaurado. En la suposición de que el hombre no haya sido restaurado procede negar, y se niega, el misterio de la Redención y el de la Encarnación, el dogma de la personalidad exterior del Verbo y el Verbo mismo. Supuesta la integridad natural de la voluntad humana, por una parte, y no reconociendo, por otra, la existencia de otro mal y de otro pecado sino del mal y del pecado filosófico, procede negar, y se niega, la acción santificadora de Dios sobre el hombre, y con ella el dogma de la personalidad del Espíritu Santo. De todas estas negaciones resulta la negación del dogma soberano de la Santísima Trinidad, piedra angular de nuestra fe y fundamento de todos los dogmas católicos.

»De aquí nace y aquí tiene su origen un vasto sistema de naturalismo, que es la contradicción radical, universal, absoluta de todas nuestras creencias. Los católicos creemos y profesamos que el hombre pecador está perpetuamente necesitado de socorro y que Dios le otorga ese socorro perpetuamente por medio de una asistencia sobrenatural, obra maravillosa de su infinito amor y de su misericordia infinita. Para nosotros, lo sobrenatural es la atmósfera de lo natural; es decir, aquello que, sin hacerse sentir, lo envuelve a un mismo tiempo y lo sustenta.

»Entre Dios y el hombre había un abismo insondable: el Hijo de Dios se hizo hombre; y juntas en Él ambas naturalezas, el abismo fue colmado. Entre el Verbo Divino, Dios y hombre a un mismo tiempo, y el hombre pecador, había todavía una inmensa distancia; para acortar esa distancia inmensa, Dios puso entre su Hijo y su criatura a la Madre de su Hijo, a la Santísima Virgen, a la mujer sin pecado. Entre la mujer sin pecado y el hombre pecador, la distancia era todavía grande, y Dios, en su misericordia infinita, puso entre la Virgen Santísima y el hombre pecador a los santos pecadores.

(...) »Es menester poner los ojos en la historia y ver la maravillosa manera con que Dios dispone los acontecimientos humanos, para su gloria propia y para el bien de sus elegidos, sin que porque Él sea dueño de los acontecimientos el hombre deje de serlo de sus acciones. Es menester ver cómo suscita en tiempo oportuno los conquistadores y las conquistas, los capitanes y las guerras, y cómo lo restaura y lo apacigua todo en un punto, derribando a los guerreros, y domando el orgullo de los conquistadores; cómo permite que se levanten tiranos contra un pueblo pecador y cómo consiente que los pueblos re-

beldes sean alguna vez el azote de los tiranos; cómo reúne las tribus, y separa las castas, o dispersa las gentes; cómo da y quita a su antojo los imperios de la tierra, cómo los derriba por el suelo y cómo los levanta hasta las nubes. Es menester ver, por último, cómo los hombres andan perdidos y ciegos por este laberinto de la historia, que van construyendo las generaciones humanas sin que ninguna sepa decir ni cuál es su estructura, ni dónde está su entrada, ni cuál es su salida.

»Todo este vasto y espléndido sistema de sobrenaturalismo, clave universal y universal explicación de las cosas humanas, está negado implícita o explícitamente por los que afirman la concepción inmaculada del hombre, y los que esto afirman hoy no son algunos filósofos solamente, son los gobernadores de los pueblos, las clases influyentes de la sociedad y aun la sociedad misma, envenenada con el veneno de esta herejía perturbadora³.

»Aquí está la explicación de todo lo que vemos y de todo lo que tocamos, a cuyo estado hemos venido a parar por esta serie de argumentos. Si la luz de nuestra razón no ha sido oscurecida, esa luz es bastante, sin el auxilio de la fe, para descubrir la verdad. Si la fe no es necesaria, la razón es soberana e independiente. Los progresos de la verdad dependen de los progresos de la razón; los progresos de la razón dependen de su ejercicio; su ejercicio consiste en la discusión; por eso la discusión es la verdadera ley fundamental de las sociedades modernas y el único crisol en donde se separan, después de fundidas, las verdades de los errores. En este principio tienen su origen la libertad de la imprenta, la inviolabilidad de la tribuna y la soberanía real de las asambleas deliberantes. Si la voluntad del hombre no está enferma, le basta el atractivo del bien para seguir el bien sin el auxilio sobrenatural de la gracia; si el hombre no necesita de ese auxilio, tampoco necesita de los sacramentos que se lo dan ni de las oraciones que se lo procuran; si la oración no es necesaria, es ociosa; si es ociosa, es ociosa e inútil la vida contemplativa; si la vida contemplativa es ociosa e inútil, lo son la mayor parte de las comunidades religiosas. Esto sirve para explicar por qué en dondequiera que han penetrado estas ideas han sido extinguidas aquellas comunidades. Si el hombre no necesita de sacramentos, no necesita tampoco de quien se los administre; y si no necesita de Dios, tampoco necesita de mediadores. De aquí el desprecio o la proscripción del sacerdocio, en donde esas ideas han echado raíces. El desprecio del sacerdocio se resuelve en todas partes en el desprecio de la Iglesia, y el desprecio de la Iglesia es igual al desprecio de Dios en todas partes.

»Negada la acción de Dios sobre el hombre y abierto otra vez (en cuanto esto es posible) entre el

Criador y su criatura un abismo insondable, luego al punto la sociedad se aparta instintivamente de la Iglesia a esa misma distancia; por eso, allí donde Dios está relegado en el cielo, la Iglesia está relegada en el santuario; y, al revés, allí donde el hombre vive sujeto al dominio de Dios, se sujeta también natural e instintivamente al dominio de su Iglesia. Los siglos todos atestiguan esta verdad, y lo mismo la da testimonio el presente que los pasados.

»Descartado así todo lo que es sobrenatural y convertida la religión en un vago deísmo, el hombre que no necesita de la Iglesia, escondida en su santuario, ni de Dios, atado a su cielo como Encélado a su roca, convierte sus ojos hacia la tierra y se consagra exclusivamente al culto de los intereses materiales.

(...)»De esta manera la perturbadora herejía, que consiste, por un lado, en negar el pecado original, y por otro, en negar que el hombre está necesitado de una dirección divina, conduce primero a la afirmación de la soberanía de la inteligencia y luego a la afirmación de la soberanía de la voluntad, y, por último, a la afirmación de la soberanía de las pasiones; es decir, a tres soberanías perturbadoras.

»No hay como saber lo que se afirma o se niega de Dios en las regiones religiosas para saber lo que se afirma o se niega del Gobierno en las regiones políticas; cuando en las primeras prevalece un vago deísmo, se afirma de Dios que reina sobre todo lo criado y se niega que lo gobierne. En estos casos prevalece en las regiones políticas la máxima parlamentaria de que *el rey reina y no gobierna*.

»Cuando se niega la existencia de Dios se niega todo del Gobierno, hasta la existencia. En estas épocas de maldición surgen y se propagan con espantable rapidez las ideas anárquicas de las escuelas socialistas.

»Por último, cuando la idea de la divinidad y la de la creación se confunden hasta el punto de afirmar que las cosas criadas son Dios, y que Dios es la universalidad de las cosas criadas, entonces el comunismo prevalece en las regiones políticas, como el panteísmo en las religiosas; y Dios, cansado de sufrir, entrega al hombre a la merced de abyectos y abominables tiranos.

(...)»Todos estos errores, en su variedad casi infinita, se resuelven en uno sólo, el cual consiste en haber desconocido o falseado el orden jerárquico, inmutable de suyo, que Dios ha puesto en las cosas. Ese orden consiste en la superioridad jerárquica de todo lo que es sobrenatural sobre todo lo que es natural, y, por consiguiente, en la superioridad jerárquica de la fe sobre la razón, de la gracia sobre el libre albedrío, de la Providencia divina sobre la libertad humana y de la Iglesia sobre el Estado; y, para decirlo todo de una vez y en una sola frase, en la superioridad de Dios sobre el hombre.

La celebración de la Eucaristía: el cielo en la tierra

GERARDO MANRESA

«*El Apocalipsis es mucho más claro de lo que parece*», Scott Hahn

Las ideas que se exponen en este artículo han sido extraídas del libro de Scott Hahn, *La cena del Cordero*. Después de veinte años de estudiar y releer el libro del Apocalipsis, nos quiere mostrar la actualidad del mismo y hacernos caer en la cuenta de que la Misa es el acto supremo de la historia.

Tras luchas fratricidas entre los tres hijos de Swetoslaw Igorewitsch, en el año 980, Wladimiro Swetoslawitsch, llamado de Kiev, quiso imponer una religión a su pueblo eslavo. Néstor refiere la forma en que lo hizo. Los búlgaros, partidarios del islam quisieron convertirlos a su fe y le pintaron las delicias del paraíso; pero Wladimiro les contestó: «¡Andad, el placer de los rusos es el vino, no podemos pasarnos sin él!». Luego habían acudido los católicos alemanes, y le dijeron. «Tu país es como el nuestro, pero no tu religión». Wladimiro los rechazó diciendo: «Idos a vuestra casa; nuestros antepasados no recibieron su fe del Papa». También los judíos vinieron de Chazaría para ganarlos al judaísmo y él les replicó: «¿Cómo podéis enseñar a otros, los que habéis sido desechados y dispersos por Dios? ¿Creéis que también nosotros queremos perder nuestro país?». Un griego les mostró una imagen del juicio final y Wladimiro suspiró profundamente: «Bien para los justos; mas ¡ay de los condenados!». Entonces Wladimiro, indeciso, para dirimir la cuestión, envió diez boyardos para examinar la religión de diversos pueblos.¹

Era el año 988. Estos emisarios llegaron a Constantinopla, capital del Imperio de la Cristiandad Oriental y fueron testigos de la liturgia bizantina en la catedral de Santa Sofía. Después de familiarizarse con el canto, el incienso, los iconos, pero sobre todo con la Presencia, volvieron a Kiev e informaron al príncipe: «No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra. Nunca habíamos visto tanta belleza (....). No podemos describirlo, pero esto es todo lo que podemos decir: allí Dios habita entre los hombres».

La palabra griega *parousía*, que es uno de los temas claves del Apocalipsis, significa una presencia

real, viva, permanente y activa. «El Apocalipsis capta ese poderoso sentido de la inminente parusía de Jesús: su venida que tiene lugar *ahora mismo*. Dicho libro nos muestra a Cristo que está aquí en plenitud –en soberanía, en juicio, en guerra, en sacrificio sacerdotal, en Cuerpo y Sangre, alma y divinidad– dondequiera que los cristianos celebren la Eucaristía».²

Y esto que en el libro del Apocalipsis está escrito y explicado se nos hace presente cada vez que asistimos a Misa.

La enseñanza de la Iglesia sobre la liturgia

La Iglesia, en toda su historia lo ha visto así y desde los Santos Padres, hasta el Concilio Vaticano II lo ha proclamado de esta forma.

Desde la *Didaché*, datada antes del año 90 y considerada como un resumen de la doctrina de los Apóstoles, y luego los Santos Padres consideraban que la liturgia era la clave del Apocalipsis y el libro del Apocalipsis era la clave de la liturgia.

En el Concilio Vaticano II, el documento sobre la sagrada Liturgia dice:

«En la liturgia terrena pregustamos y participamos de la liturgia celeste que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos un himno de gloria al Señor de todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos participar con ellos y acompañarlos; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos con Él en la gloria».³

También el Catecismo de la Iglesia católica, en la parte 2ª, capítulo 2º, artículo 1º, *La celebración*

2. Scott Hahn, *La cena del Cordero*, Ed. Patmos, pág. 150.

3. Sacrosanctum Concilium, 8.

1. Cf. Weiss, *Historia universal*, vol V, pág. 189-190

LA LITURGIA TERRESTRE EN EL APOCALIPSIS

Culto dominical	1, 10
Sumo Sacerdote	1, 13
Altar	8, 3-4; 11, 1; 14, 18
Sacerdotes (presbíteros)	4, 4; 11, 15; 14, 3; 19, 4
Ornamentos	1,13; 4, 4; 6, 11; 7, 9; 15, 6; 19, 13-14
Célibes consagrados	14, 4
Candeleros, o <i>menorah</i>	1, 12; 2, 5
Penitencia	cap 2 y 3
Incienso	5, 8; 8, 3-5
Libro o rollo	5, 1
Hostia eucarística	2, 17
Cálices	15, 7; caps 16; 21, 9
La señal de la cruz (la <i>tau</i>)	7,3; 14, 1; 22, 4
El Gloria	15, 3-4
El Aleluya	19, 1.3.4.6
«Levantemos el corazón»	11,12
«Santo, santo, santo»	4, 8
El amén	19, 4; 22,21
El «Cordero de Dios»	5,6 y hasta 22 veces en el libro
El lugar prominente de la Virgen María	12, 1-6; 13-17
Intercesión de los ángeles y los santos	5, 8; 6, 9-10; 9, 3-4S
San Miguel arcángel	12, 7
Canto de antífonas	4, 8-11;5, 9-14, 7, 10-12; 18, 1-8
Lecturas de la Sagrada Escritura	cap 2 3; y 5; 8, 2-11
Sacerdocio de los fieles	1,6; 20, 6
Catolicidad	7, 9
Silencio meditativo	8, 1
La cena nupcial del Cordero	19, 9; 17

sacramental del misterio pascual, nos insiste en esta forma de ver la liturgia:

«La Liturgia es “acción” del Cristo total. Por tanto quienes celebran esta “acción”, independientemente de la existencia o no de los signos sacramentales, participan ya de la liturgia del cielo, allí donde la celebración es enteramente comunión y fiesta». (1136)

El mismo Catecismo en la parte 4ª, capítulo 2º, artículo 3º, *La plenitud de los tiempos*, dice:

«La revelación “de lo que ha de suceder pronto” –el Apocalipsis– está sostenida por cánticos de la liturgia celestial (cf. Ap 4, 8-11; 5, 9-14; 7, 10-12) y también por la intercesión de los «testigos» (mártires: Ap 6, 10). Los profetas y los santos, todos los que fueron degollados en la tierra por dar testimonio de Jesús (cf Ap 18, 24), la muchedumbre inmensa de los que, venidos de la gran tribulación nos han precedido en el Reino, cantan la alabanza de gloria de Aquel que se sienta en el trono y del Cordero (cf

Ap 19, 1-8). En comunión con ellos, la Iglesia terrestre canta también estos cánticos en la fe y la prueba.» (2642)

Por lo que podemos ver, siempre la Iglesia ha considerado que la liturgia que celebramos en la tierra es una participación en la liturgia del cielo expresada en el Apocalipsis, y por lo tanto la asistencia a Misa es participar en la liturgia celestial. Es el cielo en la tierra.

La liturgia terrestre, copia de la celestial

PERO si repasamos los términos o instrumentos empleados en el Apocalipsis para describir la liturgia celestial nos vamos a sorprender de la cantidad de «coincidencias» que hay con la liturgia terrena (véase el cuadro).

Si observamos estas «coincidencias» vemos que no lo son, sino que son elementos que la Iglesia quiere hacer presentes en la liturgia terrena, tomados del mismo Apocalipsis, que nos las desveló, para que

nos unamos más íntimamente a la liturgia celestial.

También en el Apocalipsis salen trompetas, arpas e instrumentos poco usuales hoy en día, pero que eran normales en el tiempo de san Juan; era lo equivalente a lo que hoy son los órganos en Occidente.

Podemos seguir comparando la liturgia de la Misa, con la liturgia celestial expresada en el Apocalipsis y veremos que se asemeja, no sólo en detalles, sino en su estructura principal y así podemos ver que el Apocalipsis, como la Misa se divide en dos partes. Los once primeros capítulos del Apocalipsis se dedican a las cartas de las siete Iglesias y a la apertura del libro y su lectura; en la liturgia terrestre, las lecturas de la Sagrada Escritura llenan la primera parte. Incluso las cartas a las Iglesias, que son los primeros capítulos del libro, tienen al final de cada una de ellas una petición de arrepentimiento de los fieles, y una exhortación a cambiar para poder participar «del árbol de la vida» o «del maná escondido», etc.

La segunda mitad del Apocalipsis empieza en el capítulo 11 con la apertura del Templo de Dios en el cielo y termina con el derramamiento de los cálices y la cena nupcial del Cordero. Todo ello ofrece una extraordinaria imagen de la liturgia eucarística.

Sión, punto de contacto entre el cielo y la tierra

ALGUNAS cosas habían cambiado en la nueva economía: el bautismo en lugar de la circuncisión, el domingo, día de descanso en vez del sábado, Israel celebraba la Pascua anualmente mientras que la Iglesia actualizaba la Pascua definitiva en la celebración de la Eucaristía. Pero no todo tenía que cambiar. En la antigua Alianza había un santuario central, el Apocalipsis muestra que Cristo Rey tiene su trono en el cielo, donde actúa como Sumo Sacerdote en el Santo de los Santos, donde nadie podía entrar por indignidad. Eso no significa que la Iglesia no pueda tener edificios y elementos para la liturgia, podemos tener todas estas cosas y, también, el cielo.

Esto lo había confirmado Jesús a la mujer samaritana en el pozo de Jacob. Después de decirle que Él le dará un agua viva y que nunca más tendrá sed, dice el texto evangélico:

«Díjole la mujer: Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que es Jerusalén el sitio donde hay que adorar. Jesús le dijo: Créeme, mujer, que es llegada la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y la es-

tamos viviendo, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Pues tales adoradores busca el Padre. Dios es Espíritu y los que le adoran deben adorar en espíritu y verdad» (Jó 4, 20-24).

Todo el mundo sabía dónde encontrar Jerusalén, pero ¿encontrar el cielo? Dice la Carta a los Hebreos:

«pero habéis venido al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celeste, y a miríadas de ángeles, a la reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos; y a Dios, juez de todos, y a los espíritus de los justos que han sido consumados, a Jesús, mediador de una alianza nueva, y a la sangre de la aspersión, que habla mejor que la de Abel» (Heb 12, 22-24).

En este párrafo podemos ver resumida la liturgia del Apocalipsis: la comunión de los santos y ángeles, el banquete, el juicio y la Sangre de Cristo, pero ¿donde se realiza la liturgia?. El Apocalipsis nos dice: «entonces miré y he aquí que sobre el monte Sión estaba de pie el Cordero, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían escrito en la frente el nombre de Él y de su Padre». (Ap 14, 1).

Por lo que parece todos los caminos que encontramos en la Sagrada Escritura convergen en la ciudad de David, el monte Sión –«este es mi lugar de descanso para siempre, aquí habitaré» (Sal 132, 13-14), «He puesto mi reino en Sión, mi monte santo» (Sal 2, 6).

Debe recordarse que Jesús instituyó la Eucaristía en el Cenáculo, ubicado justamente sobre el monte Sión, y que en el mismo lugar descendió el Espíritu Santo el día de Pentecostés, los dos acontecimientos que sellaron la Nueva Alianza. Por eso para san Juan el monte Sión es la nueva Jerusalén.

La iglesia construida en el sitio de estos sucesos sobrevivió, como un símbolo, a la destrucción de Jerusalén en tiempos de Tito. Para los cristianos de Judea, el sitio de la *estancia superior*, el Cenáculo, era la «pequeña iglesia de Dios» dedicada al rey David y a Santiago, primer obispo. Pero para los cristianos de todo el mundo, Sión era, sobre todo, el símbolo vivo de la Nueva Alianza y esa es la razón para que fuera incluida para siempre en el Apocalipsis. Sión es un símbolo del punto de contacto de la tierra con el cielo. Y hoy, aunque estemos a miles de kilómetros, cada vez que vamos a Misa estamos con Jesús en la *estancia de arriba*, en el cielo.

En el Apocalipsis, en el cap 14, aparece el resto de Israel, los 144.000, en el monte Sión, mientras que en el capítulo 7 se les había mostrado en la Jerusalén celestial, ¿se trata de una discrepancia? Como acabamos de ver en el texto de san Pablo no hay discrepancia, son el mismo lugar: el monte Sión

es la Jerusalén celestial, los acontecimientos que tuvieron lugar allí son los que provocaron la unión definitiva entre el cielo y la tierra. San Juan coincide con san Pablo en ver el monte Sión como la Jerusalén celestial; el punto de unión del cielo y la tierra.

El banquete de bodas

Esto es lo que fue desvelado en el libro del Apocalipsis: la unión del cielo y la tierra, consumada en la Sagrada Eucaristía. La primera palabra del libro resulta muy sugerente. El término *apocalipsis*, traducido normalmente por «revelación», significa literalmente «descorrer un velo, desvelar». En tiempos de Juan, los judíos utilizaban habitualmente *apocalipsis* para describir parte de sus festejos nupciales, que duraban una semana. El *apocalipsis* era levantar el velo de la novia virgen, rito que tenía lugar inmediatamente antes de que se consumara el matrimonio.

Y eso es lo que quiere decir san Juan. Tan fuerte es la unión del cielo y la tierra que es como la unión fecunda y extasiada del amor de un esposo y su esposa. San Pablo describe a la Iglesia como la Esposa de Cristo (cf. Ef 5)... y el Apocalipsis, entonces, es la comunión de la Iglesia y Cristo: la cena nupcial del Cordero (Ap 19,9). Desde ese momento, el hombre se alza de la tierra para dar culto en el cielo. (...)

Este apocalipsis o desvelamiento nos remite al evangelio de san Mateo cuando señala que al momento de morir Jesús en la cruz, «la cortina o velo se rasgó en dos, de arriba abajo» (27, 51). Por eso el santuario de Dios fue «apocaliptizado», desvelado, y su morada ya no estaría reservada únicamente al sumo sacerdote. La redención de Jesús quitó el velo del Santo de los Santos, abriendo la presencia de Dios a todos los hombres. Cielo y tierra podían unirse ahora en un íntimo abrazo de amor».⁴

El culto, ¿es una guerra? La Esposa acorralada por el Dragón

Si miramos a nuestro alrededor podemos observar que el género humano no puede soportar la realidad de la vida. La gente «huye» hoy de la vida real, retirándose cada cual a su distracción particular. Las vías de escape van desde las drogas, el alcohol o la pornografía, hasta los juegos virtuales y el «pasarlos bien».

«¿Qué ocurre para que se haga tan insoportable la realidad al hombre? Lo que ocurre es la enormidad del mal, su presunta omnipresencia y poderío, y nuestra aparente incapacidad para escapar de él; nuestra incapacidad, incluso, para no *cometerlo*. Parece que el infierno está por todas partes –en una burda imitación de la omnipresencia divina– amenazando con consumirnos, con sofocarnos.

Esta es la realidad que no podemos soportar. Pero es también la cruda y terrible realidad que dibujó san Juan, sin arredrarse, en el Apocalipsis. Las bestias de Juan surgen monstruosas, superando las más oscuras imaginaciones de Hollywood, y abren sus fauces contra la presa más inocente y vulnerable: una mujer encinta y un niño. Desprecian la naturaleza, y la gracia, la Iglesia y el Estado. Pueden barrer del cielo un tercio de las estrellas. Son el poder en la sombra que mueve naciones e imperios. Se fortalecen con la inmoralidad de la gente a la que seducen: se emborrachan con el vino de la fornicación, la avaricia y el abuso de poder de sus víctimas».⁵

Ante este panorama, la pregunta es ¿qué debemos hacer: luchar o huir?

Aunque huir parece una opción razonable, no es real; esta guerra es inevitable y el que no lucha también se ve metido en ella y sucumbe. «Es que nos enfrentamos a enemigos tan obstinados y furiosos que no podemos esperar nunca ni tregua ni paz». (...) Mas aún, no podemos entrar en el cielo si huimos de la batalla. (...) Dios nos ha destinado a nosotros, a la Iglesia, a ser la Esposa del Cordero. Pero no podemos gobernar, si no derrotamos primero a las fuerzas que se nos oponen, a los poderes que pretenden hacerse con nuestro trono».⁶

De hecho, para todos los que forman parte de la Iglesia, «en la Misa, la historia ya ha llegado a su fin, porque en ella, Cristo y su Iglesia celebran su banquete de bodas y consuman su matrimonio. Pero, podemos preguntarnos, si la historia ya ha llegado a su meta, ¿por qué seguimos combatiendo? Porque no todo el mundo ha venido aún al banquete; por eso tenemos que continuar redimiendo el tiempo para instaurar todas las cosas en Cristo. Cuando vamos a Misa llevamos con nosotros nuestro trabajo profesional, la vida de familia, los sufrimientos y las alegrías y todo esto se convierte en sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo, durante la celebración de la Eucaristía». (cf. Conc. Vat. II, *Lumen gentium*, cap 3, 34).

»Dios desea que cada uno de nosotros juegue un papel indispensable en la historia de la salvación.

4. Scott Hahn, ob. cit., pág. 162.

5. Scott Hahn, ob. cit., pág. 168.

6. Scott Hahn, ob. cit., pág. 169.

«El Espíritu y la Esposa dicen “ven” (Ap 22,17), Date cuenta de que no sólo es el Espíritu el que dirige esa llamada a la humanidad, sino *el Espíritu y la Esposa*. La Esposa es la Iglesia... somos tú y yo».

«Mientras tanto, aunque no lo parezca, nuestro enemigo, la Bestia, no consigue nada. Trabaja incansablemente, intimidándonos a veces con su laboriosidad; pero sus esfuerzos son estériles. Es el 666, la criatura instalada en el día sexto, trabajando perpetuamente, pero sin alcanzar nunca el séptimo día del descanso sabático y del culto».⁷

La batalla continúa. Nuestros enemigos más peligrosos están muy cerca de casa: orgullo, envidia, pereza, gula, avaricia, ira y lujuria. Antes de avanzar contra los otros debemos arrancarlos de raíz y crecer en sabiduría y virtud para asemejarnos más a Cristo.

Creciendo en el conocimiento de Dios llegaremos a conocer la fuerza infinita y los recursos que podemos utilizar en la batalla. Ningún soldado va a la batalla sin estar entrenado y sólo así podremos ir sin ningún temor a la misma.

Pero no hemos de tener una visión humana únicamente y observemos las alentadoras noticias que san Juan nos revela: Dos tercios de los ángeles están luchando por nosotros, el arcángel san Miguel es nuestro incansable defensor, todos los santos del cielo claman constantemente a Dios a favor nuestro y, lo más alentador, ¡al final ganamos! Juan lo ve desde la eternidad y puede ver el desenlace. Así ve que las batallas son tan atroces que los ríos bajan rojos de sangre y cantidad de cadáveres se amontonan por las calles de las ciudades. «Pero los vencedores entran en la ciudad en la que los arroyos llevan agua viva y en la que nunca se pone el sol».⁸

También san Pablo nos muestra que la victoria es clara. En su carta a los Romanos escribe:

«Ante esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará graciosamente todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Siendo Dios el que justifica, ¿quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió; más aun el que resucitó, el que está a la diestra de Dios e intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni

la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Señor Nuestro».

La ira del Cordero

MUCHOS cristianos parecen preocupados por que les parece que de alguna manera Jesús «se retrasa» en venir a socorrernos. Esto parece especialmente verdad cuando contemplan la degeneración de la sociedad. El mundo, a veces, parece estar en manos de las fuerzas del mal y, pese a la oración de los cristianos, el mal continúa e incluso prospera.

Sin embargo el Apocalipsis muestra que son los santos y los ángeles los que dirigen la historia con sus oraciones. Más que a Washington D.C., más que a las Naciones Unidas, más que a Wall Street, el poder pertenece a los santos del Altísimo, reunidos en torno al trono del Cordero. La sangre de los mártires pide a Dios venganza a voz en grito (Ap 6, 9-10) y Él los venga, ahora como al alba de la historia, cuando la sangre de Abel clamaba desde la tierra. Las oraciones de los santos suscitan la ira del Cordero contra los grandes hombres (...) los ricos y los poderosos (6, 15)».⁹

Pero la ira del Cordero difiere abiertamente de la venganza humana.

En su primera venida los judíos esperaban un Mesías que tomando las armas conquistaría Roma y subyugaría a los gentiles. No fue así, Jesús vino e hizo una campaña de misericordia y amor que se manifestaba en su dedicación a los publicanos, pecadores y pobres.

«Pero, ¿qué pasaría si la segunda venida de Jesús resultase ser muy parecida a la primera?, ¿se quedarían decepcionados muchos cristianos? Quizá, pero no tendríamos por qué. Pues, aun cuando el Apocalipsis narra un amplio elenco de hambres, plagas y pestilencias, el capítulo 6 describe el juicio de Dios contra los fuertes y poderosos como la «ira de Cordero» ¿Por qué usa Juan aquí la imagen del cordero?, ¿qué tipo de terror puede inspirar un cordero?, ¿por qué no habla de la ira del León de Judá? (...)

Entonces, ¿qué decir de la última escena (cap. 19) en la que Cristo viene a «vengar la sangre de sus siervos» (v. 2)? En ella vemos a alguien llamado «Fiel y Veraz» cabalgando sobre un caballo blanco, acompañado de ejércitos celestiales vestidos de lino blanco (¿no tienen armadura mejor?), luchando nada

7. Scott Hahn, ob. cit., pág. 177.

8. Scott Hahn, ob. cit., pág. 170.

9. Scott Hahn, ob. cit., pág. 171.

más que con una espada... ¡«que sale de su boca»! ¿Por qué no la lleva en la mano derecha?, ¿Por qué no la va blandiendo? Hablando claro, se trata de la espada del Espíritu, la Palabra de Dios, que Él está predicando... y no de un arma militar de destrucción masiva. Coge a la bestia y al falso profeta y los arroja vivos al azufre y al fuego. Date cuenta de que no los mata antes, no los hace trizas ni se regodea sobre sus cadáveres. A continuación, el destino del mal es descrito en los dos capítulos siguientes, sencillamente en términos de ser excluidos de la nueva Jerusalén». ¿Qué tipo de victoria es ésta? ¿por qué Jesús es todavía un Cordero... hasta el mismo final? Y ¿por qué una cena de bodas más que una fiesta de celebración de la victoria?» (...)

«Quizás tengamos que repensar la imagen corriente de Dios reprimiendo su ira por una visión más atenta a la luz de su perfecta paternidad. Esto no destruye su ira divina; simplemente la sitúa en el retrato global de Dios que Jesús describe. Ver el juicio de Dios en términos de paternidad divina no rebaja el nivel de justicia, ni debilita la severidad del juicio; de ordinario los padres exigen más de sus hijos e hijas que los jueces de los reos».¹⁰

El noviazgo de la historia

ENTONCES nos podemos preguntar, ¿cual será la imagen de la segunda venida de Jesús? El autor nos dice que, a su modo de ver, esta imagen es eucarística y tiene forma parecida a como la Misa trae el cielo a la tierra.

«Como el sacerdote aquí en la tierra está sobre el pan y el vino y dice “esto es mi Cuerpo” transformándolo de esta manera los elementos, así también Cristo, Sumo Sacerdote, está sobre el cosmos y pronuncia las mismas palabras. (...) Estamos aquí para ser transformados: para morir a nosotros mismos, vivir para otros y amar como lo hace Dios. Esto es lo que sucede en el altar de la tierra, tal como sucede en los altares de nuestras iglesias».¹¹

Así como antiguamente el fuego purificaba el animal sacrificado para hacerlo agradable a Dios, en la Nueva Alianza, la transformación nuestra se realiza con el descenso del fuego, como en la primera Pentecostés: el Espíritu Santo nos hace capaces de ser ofrecidos como sacrificios vivos sobre el altar de la tierra. Esto es para el autor lo que da sentido a la segunda parte del Apocalipsis.

«La historia del mundo es la historia de Cristo que corteja a su Iglesia, que nos conduce gradual-

mente a nuestra cena de bodas, el banquete del Cordero, Nos mira como Adán contempló a Eva y dice: «por fin ésta es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gen 2, 23). La Iglesia es al mismo tiempo su Esposa y su Cuerpo, porque en el matrimonio los dos se hacen una carne. Por eso, Cristo nos mira y dice: «esto es mi Cuerpo».(...)

«Dios dirige toda la historia –aunque los acontecimientos particulares parezcan buenos o malos desde «nuestro lado»– para guiarnos a la comunión eterna de nuestra cena nupcial. No debemos subestimar el deseo de Cristo de que llegemos al banquete. Es el novio que espera a su esposa. Por eso las apasionadas palabras que dijo a sus Apóstoles son también verdad para nosotros: «ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc 22, 15).

«La comunión de amor con su Iglesia es la única razón por la que Dios se hizo hombre, derramó su sangre y murió; y es la primera razón por la que creó el mundo. De ahí que todos los acontecimientos de cualquier época nos han de llevar, inexorablemente, al acontecimiento que vemos místicamente en los últimos capítulos del Apocalipsis.».¹²

El Apocalipsis nos hace una llamada

EL Apocalipsis es una invitación personal a cada uno de nosotros desde toda la eternidad. Nosotros somos la Iglesia, la Esposa de Cristo y quiere que entremos en la más íntima relación con Él. El Apocalipsis no es tan raro como parece y la Misa es mucho más rica de lo que nunca hemos soñado. La clave de los primeros cristianos para entender la Misa eran los misterios del Apocalipsis. «En esta liturgia eterna el Espíritu y la Iglesia nos hacen participar cuando celebramos el misterio de la salvación en los sacramentos» (Catecismo de la Iglesia católica, n. 1139).

¡Vamos al cielo cuando vamos a Misa! No es una metáfora, ¡es la realidad! En el siglo IV, san Atanasio escribió: «No venimos a un banquete temporal, sino a un festín eterno y celestial. No lo vemos entre sombras; nos acercamos a él en realidad».

¡El cielo en la tierra! ¡cómo nos invita constantemente el Señor a este banquete: «oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias: al vencedor le daré el maná escondido» (Ap 2, 17). «Mira, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y comeré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). Así que Jesús quiere compartirse con nosotros, porque Él es el maná escondido.

Empecemos a ver que el Apocalipsis nos invita a un banquete celestial, a un abrazo de amor, a Sión, a una batalla. ¡A Misa!

12. Scott Hahn, ob. cit., pág. 176.

10. Scott Hahn, ob. cit., pág. 173.

11. Scott Hahn, ob. cit., pág. 174.

¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!

El ejemplo de don Manuel González, «el obispo de la Eucaristía»

JUAN JAURRIETA

DE chavales aprendimos en el catecismo a contestar a aquella pregunta que nos hacía el catequista «¿Dónde está ahora Jesucristo?». Y respondíamos: «Como Dios en todas partes, como hombre en el cielo y en la Eucaristía». Y efectivamente, es ahí donde le encontramos seguro, en la soledad de la iglesia, iluminada por una lamparita roja que indica la sublime presencia del Rey de Reyes y Señor de Señores.

Ciertamente que Él mismo dijo que «donde dos o más se reúnan en mi nombre, allí estaré Yo, en medio de ellos» y que «si alguno me ama haré mi morada en él» y que toda nuestra vida debe discurrir en presencia del Señor, y para ello hacemos diariamente el Ofrecimiento de Obras, pero en el sagrario nos encontramos con Jesucristo de Tú a tú, de Hombre a hombre, con su humanidad real y verdaderamente presente.

Acudamos, pues, al sagrario, ¡tantas veces «sagrario abandonado»!, y meditemos, junto a él la inmensa misericordia que Dios ha tenido para con nosotros. Para ello insertaremos unos textos de Manuel González, «el obispo de la Eucaristía», junto con una breve semblanza biográfica del mismo, para que nos ayude a contemplar estas verdades para con ello alcanzar amor.

Manuel González García, obispo de Málaga y de Palencia, fue el cuarto de cinco hermanos, nació en Sevilla el 25 de febrero de 1877, en el seno de una familia humilde y profundamente religiosa. Su padre, Martín González Lara, era carpintero, mientras su madre Antonia se ocupaba del hogar. En este ambiente Manuel creció serenamente y con ilusiones, que no siempre pudo ver realizadas. Sin embargo, hubo una que sí alcanzó, y que dejaría huella en su corazón: formar parte de los famosos «seises» de la catedral de Sevilla, grupo de niños de coro que bailaban en las solemnidades del Corpus Christi y de la Inmaculada. Ya entonces su amor a la Eucaristía y a María Santísima se consolidaron.

La vivencia cristiana de su familia y el buen ejemplo de sacerdotes le llevaron a descubrir su vocación. Sin previo aviso a sus padres, se presentó al examen de ingreso al seminario. Ellos acogieron esta sorpresa del hijo con aceptación de los caminos de Dios. Manuel, consciente de la situación económica en su casa, pagó la estancia de sus años de formación trabajando como fámulo.

Finalmente llegó el esperado 21 de septiembre de 1901, fecha en la que recibió la ordenación sacerdotal de manos del beato cardenal Marcelo Spínola. En 1902 fue enviado a dar una misión en Palomares del Río, pueblo donde Dios le marcó con la gracia que determinaría su vida sacerdotal. Él mismo nos describe esta experiencia. Después de escuchar las desalentadoras perspectivas que para la misión le presentó el sacristán, nos dice: «Fuime derecho al sagrario... y ¡qué sagrario, Dios mío! ¡Qué esfuerzos tuvieron que hacer allí mi fe y mi valor para no salir corriendo para mi casa! Pero, no huí. Allí de rodillas... mi fe veía a un Jesús tan callado, tan paciente, tan bueno, que me miraba... que me decía mucho y me pedía más, una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio... La mirada de Jesucristo en esos sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca. Vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal». Esta gracia irá madurando en su corazón.

En 1905 es destinado a Huelva. En 1910, ante un grupo de fieles colaboradoras en su actividad apostólica, derramó el gran anhelo de su corazón. Así nos lo narra: «Permitidme que, yo que invoco muchas veces la solicitud de vuestra caridad en favor de los niños pobres y de todos los pobres abandonados, invoque hoy vuestra atención y vuestra cooperación en favor del más abandonado de todos los pobres: el Santísimo Sacramento. Os pido una limosna de cariño para Jesucristo sacramentado... os pido por el amor de María Inmaculada y por el amor de ese Corazón tan mal correspondido, que os hagáis las Marías de esos sagrarios abandonados».

Así, con la sencillez del Evangelio, nació la «Obra para los Sagrarios-Calvarios». Obra para dar una respuesta de amor reparador al amor de Cristo en la Eucaristía, a ejemplo de María Inmaculada, el apóstol san Juan y las Marías que permanecieron fieles junto a Jesús en el Calvario.

Recibe la ordenación episcopal el 16 de enero de 1916, y se le nombra obispo auxiliar de Málaga. En 1920 fue nombrado obispo residencial de esa sede, acontecimiento que decidió celebrar dando un banquete a los niños pobres, en vez de a las autoridades; éstas, junto con los sacerdotes y seminaristas, sirvieron la comida a los tres mil niños.

Como pastor de la diócesis descubrió que la necesidad más urgente era la de sacerdotes. Con una confianza sin límites en la mano providente del Corazón de Jesús, emprendió la construcción de un nuevo seminario que reuniese las siguientes condiciones: «que la Eucaristía fuera: en el orden pedagógico, el más eficaz estímulo; en el científico, el primer maestro y la primera asignatura; en el disciplinar el más vigilante inspector; en el ascético el modelo más vivo; en el económico, la gran providencia; y en el arquitectónico, la piedra angular».

Manuel González no escatima esfuerzos para mejorar la situación humana y espiritual de su diócesis. Su ingente actividad hace que no pase desapercibido, y con la llegada de la República a España su situación se hace delicada. El 11 de mayo de 1931 el ataque es directo, le incendian el palacio episcopal y ha de trasladarse a Gibraltar para no poner en peligro la vida de quienes lo acogen. El 5 de agosto de 1935 el papa Pío XI lo nombra obispo de Palencia, donde entregó los últimos años de su ministerio episcopal.

También hay que destacar, durante todos los años de su actividad pastoral, la fecundidad de su pluma. Con estilo ágil, lleno de gracia andaluza y de unción, transmitió el amor a la Eucaristía, introdujo en la oración, formó catequistas, guió a los sacerdotes. Entre sus libros, destacamos: *El abandono de los sagrarios abandonados*, *Oremos en el sagrario como se oraba en el Evangelio*, *Artes para ser apóstol*, *La gracia en la educación*, *Arte y liturgia*, etc. Escritos que por su gran difusión se han recopilado en la reciente edición de sus *Obras completas*.

Los últimos años su salud empeora notablemente, prueba que vive de modo heroico, sin perder la sonrisa de su rostro siempre amable y acogedor, y la aceptación de los designios del Padre. El 4 de enero de 1940 entregó su alma al Señor y fue enterrado en la catedral de Palencia, donde podemos leer el epitafio que él mismo escribió: «Pido ser enterrado junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: “¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!”».

Su Santidad Juan Pablo II declaró sus virtudes heroicas el 6 de abril de 1998, y aprobó el milagro atribuido a su intercesión el 20 de diciembre de 1999.

Aprendamos, pues, de este «apóstol de la Eucaristía» a acudir al sagrario abandonado y descubrir quién es el que ahí nos espera:

«Jesucristo en la Eucaristía, está todo entero: con divinidad, alma y cuerpo. Y por consiguiente: con ojos que ven, con oídos que oyen, con manos que puede mover, con boca que puede hablar».

¡Qué consuelo para nosotros saberlo así, creer-

lo así...! Es un misterio insondable, pero no por ello menos real y reconfortante:

«De modo misterioso pero verdadero y real: si Jesús en la Eucaristía tiene boca, puede hablar con ella, si tiene ojos, puede ver con ellos, si tiene Corazón, puede amar con él...»

Y conscientes de esta realidad, debemos convertirnos todos en «peregrinos del sagrario»:

«Peregrinos perpetuos del sagrario, hemos de aprender de los felices caminantes de Emaús y llegar a sentir como ellos arder el corazón y conocer a Jesús al partir el pan».

Aunque, como aquellos caminantes de Emaús, en muchas ocasiones no sepamos reconocerle, pese a que nos sigue explicando las Escrituras y sentimos arder nuestro corazón:

«Se repite tanto en el sagrario la escena de Emaús, de estar con Jesús sin darnos cuenta de que está con nosotros...»

«Como en el camino de Emaús, Jesús está también en la Eucaristía, real y desconocido, presente e invisible, haciéndose el enconadizo, y los hombres torpes, ciegos y deslumbrados ¡qué raramente caen en la cuenta de que está allí!».

Aprendamos de Marta y María; cuando llega el Señor a su casa, María sale corriendo a recibirle y después se acerca a su hermana y le dice: «El Maestro está aquí», pues con ese ímpetu y esa ansia de Dios tratemos a Jesús en la Eucaristía:

«El Maestro está aquí... Sabedlo, que el Fuerte, el Grande, el Magnífico, el Suave, el Vencedor... el Bonísimo Corazón de Jesús, ¡está aquí... aquí... en el sagrario!»

«Sabedlo, enfermedades que ponéis tristeza en mi vida; contrariedades, desengaños que arrancáis lágrimas a mis ojos y gotas de sangre a mi corazón, pecados que me atormentáis con vuestros remordimientos, el Fuerte, el Grande, el Magnífico, el Vencedor, el Bonísimo Corazón de Jesús está aquí en mi sagrario».

Y como está aquí, en el sagrario, en cuerpo, alma y divinidad podemos tratar con Él, hablar con Él, estar con Él. Cuentan de un adorador nocturno al que se le hacía ardua la oración personal en silencio del turno de vela y decía: «después del oficio de lectura ¿qué le digo yo a este Hombre?» Así nos contesta el obispo Manuel González:

«Hablad cuanto queráis junto al Corazón de Jesús en el sagrario. Pero después, callad cuanto po-

dáis. En silencio exterior e interior, esperad. Ya recibiréis la respuesta... ya oiréis...».

«Callad, lengua mía, sentidos míos y potencias mías... Callad, pasiones de mi carne y nervios de mi cuerpo... Callad, recuerdos del pasado, y ambiciones, y deseos de lo por venir... callad..., que voy a mi sagrario a escuchar la voz dulce que no habla más que a las almas en silencio».

No quiere ello decir que no debemos pedir al Señor todo lo que necesitemos. Él mismo lo dijo: «Pedid y se os dará, llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis»; y nos enseñó, en la oración del padrenuestro, a pedir por el pan de cada día, pero sí que debemos procurar primero el reino de Dios y su justicia y que lo demás se nos dará por añadidura, nos encontramos así con Jesús en la Eucaristía como la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob:

«Cuántas veces puede repetir Jesús desde su sagrario, fuente de todas las gracias, la queja que desde el brocal del pozo de Jacob dirigía a la Samaritana: «si conocieras el don de Dios...». Cómo sentirá el delicadísimo Corazón de la Fuente divina de la gracia, que tan pocos sedientos, ¡tan ninguno a veces!, vayan a decirle: «Dame de esta agua para no tener más sed...».

Y la sed que debemos calmar es la sed del Dios vivo: «Tengo sed de Dios, del Dios vivo, ¿Cuándo entraré a ver el rostro del Señor?»; o con palabras de san Agustín: «nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti». Y así nos sigue enseñando este apóstol de la Eucaristía:

«Almas con miserias y lástimas, de rodillas ante la Misericordia, extended vuestros brazos, abridle vuestras bocas... Y si os parece que se calla, que pasa o que os deja ir sin deciros nada... seguid de rodillas, insistid, discutid... Y estad seguros de que ante la misericordia de Jesús el triunfo es siempre de la miseria de rodillas...»

«En la Eucaristía, no sólo está el Dios de nuestras adoraciones y el Pan de nuestro espiritual alimento, sino el Corazón inagotablemente tierno, incansablemente misericordioso, que a cada quejido de nuestros labios y a cada lágrima de nuestros ojos..., responde –estad ciertos– con un latido de infinita compasión».

El corazón de Dios es un corazón humano, es el Corazón de Jesús, segunda persona de la Santísima Trinidad, hecho semejante en todo a nosotros menos en el pecado. ¡Y qué insondable misterio de amor y misericordia supone encerrar todo el infinito amor de Dios por nosotros en el corazón humano de Cristo! Si la iconografía cristiana representa a un san

Francisco Javier con el corazón ardiendo de amor y celo por las almas de los infieles, ¿cuánto más tiene que ser una llama ardiente el Corazón de Jesús? Y así lo representó santa Margarita María de Alacoque, y así es también nuestra esperanza de que la llama de este Corazón lo prenda todo: «He venido a prender fuego a la tierra y que más quiero sino que arda». Nos lo dice también D. Manuel González:

«Dicen los teólogos que los bienaventurados no pueden pecar porque ven a Dios como es Él. Pues yo digo, y creo que no exagero, que al Corazón de Jesús basta mirarlo con ojo sencillo para no ofenderlo jamás y amarlo siempre. El mal está ahí, en que no lo miramos. O lo miramos poco. O miramos más otras cosas.»

«Si te decimos Padre, ¿por qué no quererte como hijos? Si te decimos Hijo del Dios vivo ¿por qué no adorarte sobre todo?... Si te proclamamos Salvador y Maestro del mundo ¿por qué buscar nuestro bien y nuestra verdad fuera de Ti?...

Tú eres, Señor, el camino, la verdad y la vida, de cada persona, de cada familia, de cada pueblo, de cada sociedad, del mundo entero. Y no hallaremos salud para los hombres, las familias y los pueblos si no es en Ti, ningún otro nombre nos puede salvar, por tanto, mirémosle a Él, mirémosle bien y no miremos otras cosas, sabiendo que de su dulcísimo amor hemos recibido el don precioso de la Eucaristía:

«El más delicado regalo del Corazón de Jesús a los hombres es la Eucaristía. El más ingrato abandono de Dios por los hombres es el olvido de su Eucaristía».

Seamos, pues, a partir de este año recién concluido que Juan Pablo II dedicó especialmente a la Eucaristía, almas adoradoras, profundicemos en el conocimiento de Cristo y aumentemos nuestro amor, llenos de infancia espiritual, de abandono confiado y de esperanza:

«Olvido de sí. Descanso, abandono y confianza sin fin en el Corazón de Jesús. Y persuadirme de esto: el Corazón de Jesús me quiere a pesar de mis flaquezas y defectos».

Y así hagamos como propósito, de acuerdo con las enseñanzas del obispo González:

«Ejercítate en tres cosas:

–En actos de alegría interior porque tienes a Jesús.

–En rechazar toda alegría que no sea por o con Jesús.

–En decirle muchas veces: “Corazón de Jesús, que pase mi vida o hablando contigo o echándote de menos”».

¿Cómo pudo Dios permitir que se dilatase tanto la llegada a los españoles de la consoladora noticia del amor misericordioso de su Corazón?

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

*Batrà'l Cor de tot un Deu
al pit de la rassa humana,
Son realme serà'l mon,
pero son trono la Espanya.**

(M. Jacinto Verdaguer, Pbro;
«Lo somni de Sant Joan»)

Cuando la institución de la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia parecía inminente, la deniega la Congregación de Ritos

EN el tercer decenio del siglo XVIII la noticia de las revelaciones de Paray-le-Monial, pese a la indiferencia en determinadas instancias, y su rechazo por jansenistas, filósofos y libertinos, se extendía y popularizaba entre el sencillo pueblo cristiano. Así en Francia al conocerse que la consagración de la ciudad de Marsella al Corazón de Jesús en 1722 había hecho cesar de inmediato la epidemia de peste, y como las demás ciudades de Provenza atacadas por el mismo mal, se le consagraron también, logrando igual gracia.

El padre Galliffet, animado por monseñor Belsunce, que solicitaba y obtenía de Benedicto XIII para la diócesis de Marsella el privilegio a perpetuidad de recitar el oficio y celebrar la misa del Sagrado Corazón de Jesús, «*es decir, del mismo Salvador Nuestro Señor que se compadece de los pecadores*», estimando el ambiente propicio, había preparado la petición de la fiesta del Corazón de Jesús ante la Congregación de Ritos con sólidos argumentos y contando con el mas alto apoyo diplomático, por lo que parecía próximo el cumplimiento del deseo manifestado a santa Margarita María. Pero ya vimos como un ilustrado y prestigioso «*abogado del diablo*», ordenado presbítero a sus cincuenta años, y

recién preconizado obispo de Ancona, monseñor Próspero Lambertini, se opuso al padre Galliffet y le venció por dos veces, en 1727 y 1729, convenciendo a los cardenales de que no se debía autorizar la nueva fiesta. Tras este fracaso, la causa de la devoción al Corazón de Jesús se tenía por oficialmente derrotada, y sus enemigos por triunfantes en su intento de silenciarla definitivamente.

Ante la negativa oficial, los devotos del Corazón de Jesús, confiando en sus promesas, siguen promoviendo privadamente su culto sin desanimarse. Las celosas hermanas salesas, cumpliendo su parte del especial encargo del 2 de julio de 1688, desde los conventos de su orden seguían dando a conocer la devoción en los Países Bajos, Austria, Italia, Alemania, Polonia, Bohemia... mientras que jóvenes misioneros jesuitas discípulos de los padres Croisset y Galliffet cumplían personalmente su parte en el «*encargo suavísimo*», y secundados por misioneros y religiosos de las demás órdenes, llevaban la devoción a Canadá, a las islas de América, a Siria, y hasta China, pero extrañamente, en 1730, cuarenta años después de la muerte de santa Margarita María, la noticia de su mensaje ni siquiera había llegado a España.

¿Por qué la España ardiente y caballerisca, tierra de fe y de amor, entra tan tarde en los deseos del Corazón de Jesús?

EL padre Hamon, S.I., historiador de la devoción, se hace esta pregunta, y se responde que como las visitandinas no habían fundado en España —se establecieron en Madrid en 1750—

* Latirá el Corazón de todo un Dios
en el pecho de la humana stirpe,
su reino será el mundo,
pero su trono será España.

no habían podido dar a conocer las revelaciones del Corazón de Jesús a santa Margarita. Explicación posible respecto a la Orden de la Visitación, pero ¿cómo los padres jesuitas españoles durante cincuenta años no difundieron la devoción en la patria de su fundador san Ignacio, cuando sus hermanos franceses la habían llevado ya hasta el Canadá, la India y la China?

El padre Hamon no da razón, pero reconoce que los jesuitas españoles de la época no parecían muy conmovidos por la nueva devoción del Corazón de Jesús, y que si comienzan a actuar lo hacen por complacer las instancias del padre Galliffet, asistente de la Compañía de Francia en la casa General en Roma. Ya vimos como en 1726 el padre Galliffet escribe al confesor del rey, el jesuita padre Guillermo Clerk, para que consiga de Felipe V que su embajador ante la Santa Sede presente sus buenos oficios ante el Papa en favor de la fiesta, y como un año después, el 10 de mayo de 1727, el confesor logra que el propio Rey acceda a escribir al Papa «deseando por su parte concurrir a la propagación de la devoción al divino Corazón de Jesús». Este clima de aparente desinterés de los jesuitas españoles iba a cambiar en 1726, pues Jesús va a dirigirles la misma demanda que al padre La Colombière, de que los quiere al servicio de su Sagrado Corazón.



hubiera dicho en 1729 que aquella chispa que había dejado caer el Corazón de Jesús en el de Agustín de Cardaveraz había de causar tanto incendio en nuestra patria?

El joven jesuita Agustín de Cardaveraz sueña con dar a conocer a España la nueva devoción, pero el ambiente en su entorno, como el del padre Croisset

en Francia cincuenta años antes, no era favorable, y como él, se lamenta de la lentitud de sus hermanos en san Ignacio en satisfacer las demandas de nuestro Señor, y recordando el consejo de la hermana Margarita María: «Me ha dicho que la devoción debe extenderse dulce y suavemente», se limita a desvelarla a su confesor, a sus directores de conciencia y a algunos pocos amigos. Agustín de Cardaveraz, con su prestigio, sus virtudes y talentos, era el iniciador, pero

el Corazón de Jesús para difundir su devoción por las Españas se había escogido ya a un joven novicio jesuita sin ciencia ni fama, de poca salud, porque, como dice el padre Loyola, «quería tomar por instrumento a una persona oculta, desconocida e inhábil», para que, secundando sus designios, en menos de dos años sacudiera de su letargo a Castilla y a España entera.

«Me dijo clara y distintamente, que quería por mi medio extender el culto de su Corazón»

El Corazón de Jesús empezó a darse a conocer en nuestra España por Agustín de Cardaveraz

CURSABA ese año teología el hermano Agustín de Cardaveraz en el colegio jesuita de San Ambrosio de Valladolid cuando llegó de Roma a la biblioteca un ejemplar del libro *De Cultu* del padre Galliffet: «Me consolé mucho en el Señor cuando leí el tomo del P. Galliffet en San Ambrosio, y lo leí muchas veces». A partir de entonces el Corazón de Jesús le fue preparando para sus proyectos. «El 11 de septiembre, (de 1729) cuenta Agustín: «Me hizo S. Majestad mirar a sí... y vi que abría su divino pecho y la llaga del costado, hasta descubrirse claramente su divino Corazón, volcán de amor infinito y relicario riquísimo de la Trinidad beatísima. Y habiéndose también abierto aquel sagrario de la divinidad, Jesús... me pasó de su humanidad a la divinidad...». Pocos días después, el 25 de septiembre de 1729, escribe: «Tuve altísimas inteligencias y entendí experimentalmente grandes misterios, sobre todo referente a que “un soldado le abrió el costado y de continuo salió sangre y agua». ¿Quién

EL maestro de novicios padre Loyola, conocedor de las gracias extraordinarias recibidas por el novicio Bernardo de Hoyos, en 1727 le puso bajo la dirección espiritual del padre Cardaveraz, pero éste, por prudencia nada le dijo de la devoción al Corazón de Jesús.

Fue el 3 de mayo de 1733 cuando Bernardo tiene la primera noticia. El padre Cardaveraz, residente entonces en Bilbao, le pide que le envíe copia de las páginas del capítulo primero del libro *De Cultu*, del padre Galliffet, en las que relata las dificultades de santa Juliana para instituir la fiesta del Corpus Christi, similares a las actuales para la fiesta de su Sagrado Corazón. El novicio Bernardo busca el libro en la biblioteca, y tras copiar las páginas pedidas, lo lee completo de un tirón, y escribe: «Yo, que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor sacramentado a ofrecerme a su Corazón, para cooperar cuanto pudiese, a



Venerable Bernardo de Hoyos

lo menos con oraciones, a la extensión de su culto. No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente al Señor en la hostia consagrada, me dijo clara y distintamente, que quería por mi medio extender el culto de su Corazón».

«Pidiendo esta fiesta para España, de la que ni aun memoria parece hay de ella, Jesús me dijo: “Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes”» (14 de mayo de 1733)

TRES días después escribe: «Ayer [5 de mayo] estando en oración, me hizo el Señor un favor muy semejante al que hizo a la primera fundadora de este culto, la V. M. Margarita Alacoque. Mostróme su divino Corazón todo abrasado en amor y condolido de lo poco que se le estima. Repitiéndome la elección que había hecho de este indigno siervo suyo para adelantar su culto... me dijo que debía confiar en su Providencia que Él me guiaría.» El 14 de mayo, cuenta Bernardo como después de comulgar «Pedí a la Santísima Trinidad esta fiesta en especial para España, en que ni aun

memoria parece hay de ella, y me dijo Jesús: “Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes”» (P. Loyola. V. M. del P. Hoyos, (1.III, c. I).

El 31 de julio, después de la comunión, se le aparecen a Bernardo san Ignacio y san Francisco Javier: «Nuestro Señor hizo un signo a nuestro santo patriarca de hablarme y a mí de escuchar la doctrina que iba a enseñarme. Entonces el santo, por palabras formadas y por ideas que me hacía pasar sin decir nada, declaró que la divina Providencia quería dar a la Compañía la gloria de ver a sus hijos propagar el culto del Sagrado Corazón de Jesús, obtener de la Iglesia la fiesta deseada y encargarse de hacerla aprobar. El santo mismo y mi director san Francisco de Sales tienen la misión de promover esta empresa por medio de sus dos familias religiosas: la Visitación y la Compañía» Y el 28 de octubre: «En la acción de gracias pedí la extensión del Reino del mismo Corazón sagrado en España, y entendí que se me otorgaba...dilatándose tanto en deseos mi pobre corazón que piensa extender en el Nuevo Mundo el amor de su amado Corazón de Jesús, y todo el universo se le hace poco.»

«Tesoro escondido en el Sagrado Corazón descubierto a nuestra España»

COMO quien tiene autoridad, el novicio Bernardo encomienda a sus superiores y amigos la puesta en práctica de su plan: publicar en castellano las mejores obras con que fundamentar la nueva devoción; propagarla mediante la predicación y reparto de libros, estampas y novenas; fundar congregaciones del Corazón de Jesús, y ganar para la causa a la jerarquía eclesiástica y la influencia de la Corte, para así hacer aprobar por Roma la misa y el oficio de su fiesta para España.

Encarga a su maestro de novicios padre Loyola que pida al padre Galliffet el reglamento de las Congregaciones del Sagrado Corazón y su autorización para traducir su libro. Desde entonces Galliffet estaría en contacto con Hoyos y sus confidentes. Loyola creyó mejor hacer una obra nueva, que terminaría pronto, y que Bernardo corrigió a su gusto. Fue remitida, y sorprendentemente aprobada en Roma, tras lo cual Bernardo obtuvo para el libro algo entonces impensable: el «*imprimatur*», no sólo del provincial de Castilla, sino el del obispo de Valladolid. Con tales aprobaciones Bernardo obtuvo indulgencias de varios obispos a los que vinculó así con la devoción, buscó fondos y se encargó de la impresión en 1734 del *Tesoro escondido en el Sa-*

grado Corazón descubierto a nuestra España, con breve noticia de su culto, propagado ya en varias provincias del orbe cristiano. El arzobispo de Burgos Manuel de Samaniego, gran protector de la devoción al Sagrado Corazón, a sugerencia del novicio Bernardo, envió un ejemplar a todos los obispos de España con una apremiante invitación personal a pedir a Roma para sus respectivas diócesis la misa y el oficio del Corazón de Jesús. «Creo que todos los que son vivos han dado su carta», escribe al padre Loyola.

El padre Hamon comenta: «España, primera de las naciones católicas, que ayer ignoraba la nueva devoción, reclama por unanimidad de sus obispos el homenaje litúrgico solicitado en vano seis años antes por el padre Galliffet. Este acuerdo unánime y entusiasta de los prelados españoles es obra de un estudiante de teología que no tiene aun 24 años y que hace dos años no conocía ni al Corazón de Jesús ni las revelaciones de Paray-le-Monial. El dedo de Dios está ahí.»

Envió luego sendos ejemplares del *Tesoro escondido* al palacio real, a los príncipes Don Fernando (VI) y D^a. Bárbara, de cuyas manos fueron pasando a la nobleza de la corte. El mismo año 1734 Bernardo encargó al padre Peñalosa la traducción al castellano de *La devoción al Corazón de Jesús*, del padre Croisset, que sería editado en Pamplona por cuenta de Juan Francisco Garisoain.

«Mi amor Jesús me mostró su adorable Corazón todo abrasado en amor, y como en una grande opresión por las vivísimas divinas ansias que padecía y padece por comunicarse a los hombres»

EL 2 de enero de 1735 Bernardo de Hoyos, con dispensa de la edad por Roma, era ordenado sacerdote a los 23 años. En su primera misa, celebrada en honor del Corazón de Jesús, «como sacerdote propiamente suyo, consagrado y dedicado a su culto», oyó a Jesús decir a su Padre: «He escogido a Bernardo para que se consagre del todo a la reparación de mi Corazón, para que aplaque Vuestra justa indignación, ofreciéndome a Mí en sacrificio. Para esto le he honrado con el sacerdocio... Una vez en la misa me mostró mi amor Jesús su adorable Corazón todo abrasado en amor, y como en una grande opresión por las vivísimas divinas ansias que padecía y padece por comunicarse a los hombres.» Bernardo se complacía en su miseria, pues el propio Jesús le había dicho: «¿Crees que todo esto es obra de los hombres? No, es obra de mi Padre, que se complace en mi Corazón».

«Apenas hay lugar ni pequeña aldea en toda España donde no se adore al Corazón de Jesús.»

LE quedaban sólo once meses de vida, y el ya sacerdote Bernardo de Hoyos los dedicó a extender la devoción, enviando por doquier estampas y novenas del Corazón de Jesús: «Con la lámina que llegó de Roma se estamparon tantos millares, que al poco tiempo se inutilizó del todo, pero la devoción estaba ya ardiente... como era fácil distribuir las estampas por el correo, se podía decir seguramente que apenas hubo lugar ni pequeña aldea en toda España donde no se adorase por este medio al Corazón de Jesús.»

El 29 de noviembre de 1735, tras repetir «¡Qué bueno es habitar en el Corazón de Jesús!» moría a los 24 años Bernardo de Hoyos, el mensajero de la devoción al Corazón de Jesús en nuestra patria, dejándola tan afirmada, que el padre Loyola pudo escribir: «En nuestra España, donde la devoción al Corazón de Jesús era del todo desconocida hasta mediados de 1733, ha hecho ya tan felices progresos, que sólo el amor infinito del Corazón de Jesús para con los corazones españoles pudiera dilatarla tanto.»

Todos los obispos, abades y superiores de órdenes de Cataluña, reunidos en el segundo Concilio de Tarragona, piden oficialmente a Roma la fiesta del Corazón de Jesús, cuya devoción se extiende y propaga por toda España, y principalmente en el Principado de Cataluña.

TRES años después, el 13 de noviembre de 1738, el segundo Concilio de Tarragona, bajo la presidencia del primado monseñor Pedro Copons, proclamaba el siguiente decreto: «Teniendo en cuenta 1º que el rey católico Felipe V ha solicitado de Su Santidad la concesión del Oficio y la Misa del Sagrado Corazón de Jesús para todos sus estados, y que con el mismo fin gran número de NN. SS. Obispos han enviado sus súplicas a Su Santidad; 2º que la experiencia demuestra con que prontitud la veneración de los fieles por esta laudable devoción se extiende y propaga por toda España, y principalmente en el Principado de Cataluña; 3º que está fuera de duda que la concesión del favor demandado será el medio más eficaz de establecer y extender esta piadosa y saludable devoción con gran provecho de los fieles, parece digno del Santo Concilio dirigir su respetuosa súplica a Su Santidad para que se digne acordar esta gracia.» En 1745 los obispos renuevan su demanda de 1738, suplicando a Benedicto XIV conceder a sus diócesis y a la Iglesia



universal la Misa y el Oficio del Corazón de Jesús. Roma pareció ignorar ambas súplicas, pero no podía ignorar el fervor popular y el impulso de piedad que remueve Castilla, Cataluña, España entera y hasta las Españas de ultramar. El jesuita padre Juan Mora había publicado ya en 1721 en Méjico su «Culto devoto al Corazón de Jesús», y poco después el padre Francisco Javier Lazcano, S.I., en su *Día feliz en obsequio del amoroso Corazón de Jesús Sacramento* revelaba al católico pueblo mejicano el secreto para vivir en paz: «Basta con amar y adorar al Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento». En 1766 el jesuita catalán padre Antonio Guasp, que moriría mártir, fundaba a orillas del Paraguay el burgo del Corazón de Jesús.

«Aunque España comience la última en su carrera, con el favor divino, su alentado fervor podrá alcanzar y pasar a los primeros.»

EL padre Peñalosa, S.I., escribía en 1734: «Pudiera discurrir que el infierno, barruntando el gran lugar que ha de hacer en los corazones españoles el Corazón amable de Jesús, ha empleado todos los desvelos de su vigilante malicia para estorbar que llegue a nuestros oídos el eco dulce de tan importante devoción. Pero, por más esfuerzos que haga, por más que gire en torno de su astucia la envidia de esta antigua serpiente, espero que se ha

de introducir, ¿qué digo introducir?, se ha de entronizar en España el Corazón adorable de Jesús».

En carta de 12 de abril de 1734 el mismo padre alienta a los jesuitas de la Provincia de Asistencia española: «Si se echa tarde la semilla de esta devoción, no importa. El Señor mirará con benignidad nuestra tierra, dotándola de tan generosa fecundidad, que supla largamente las demoras del tiempo con la abundancia del fruto. Aunque España comience la última en su carrera, su alentado fervor podrá alcanzar, y por ventura pasar, con el favor divino, a los primeros.» Siglo y medio después, el padre José Eugenio de Uriarte, S.I., lo confirma en la introducción de su precioso libro *Principios del Reinado del Corazón de Jesús en España* en que anuncia que nuestra patria será «trono del reinado, tardío sí, pero glorioso, tanto cuanto estable, de las dulzuras, de las gracias y del amor del Corazón de Jesús sobre la tierra.» Era el eco del genio del gran poeta hispánico, el sacerdote catalán mosén Jacinto Verdaguer, que concluía así su *Lo somni de Sant Joan*, premiado en el Homenaje Nacional de las Ciencias, Letras y Artes Españolas al Sacratísimo Corazón de Jesús, celebrado en Tarragona el 26 de junio de 1881, anunciando el prometido Reinado del Corazón de Jesús: «*Batrà'l Cor de tot un Deu al pit de la rassa humana, son realme será 'l mon, pero son trono la Espanya*» (Latirá el Corazón de todo un Dios en el pecho de la humana estirpe, su reino será el mundo, pero su trono será España).

¿Luego tú eres Rey?

RAMÓN GELPI

Ante la fiesta de Cristo Rey resulta siempre de provecho la contemplación del diálogo de Jesús con el procurador Poncio Pilato. Jesús explica la naturaleza de su reinado, que es muy diferente de la interpretación restrictiva que suele hacerse en comentarios y homilías.

La realeza de Cristo estaba en los Profetas, e incluso en los Salmos. El Mesías iba a ser rey, no en vano descendía de David. Sin embargo, Jesús en los Evangelios, evita ser vinculado a los movimientos políticos, a las proclamaciones «populares» y aunque habla habitualmente del «Reino» está claro que tal reinado no se limita a lo que llamaríamos «política local». Él es rey, y no lo es menos que los terrenales, pero está por encima de ellos, y de todo poder en la tierra. Y esto lo manifestará claramente en el Pretorio ante Pilato.

Siguiendo con los Evangelios concordados que solemos utilizar en nuestros comentarios, transcribimos una parte del texto refundido de los cuatro evangelistas. Como siempre, es san Juan el que aporta mayor detalle en las palabras de Jesús. Por razones de espacio el diálogo no es completo, sino sólo las frases correspondientes a la realeza de Cristo.

Jesús ante Pilato: Mt 27, 11-14 (Mc 15, 2-5; Lc 23, 1-7; Jn 18, 28-38)

11 Fue Jesús presentado ante el presidente [(Lc 23) 2 y comenzaron a acusarle diciendo: A éste le hemos encontrado subvirtiendo a nuestra gente, prohibiendo dar tributo al César, y diciendo ser Cristo Rey (Jn 18)...

33 Entró de nuevo Pilato en el Pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos?

34 Respondió Jesús: ¿Dices esto por tí mismo, o te lo han dicho otros de mí?

35 Respondió Pilato: ¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han traído a mí: ¿Qué has hecho?

36 Respondió Jesús: Mi Reino no es *como este mundo*. Si mi Reino fuera como este mundo, mis ministros hubieran evitado que fuera entregado a los judíos. Pero mi Reino no es así.

37 Volvió a decirle Pilato: ¿Luego Tú eres Rey?], Le respondió Jesús: Tú lo dices. [(Jn 18) 37 Yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.

38 Dícele Pilato: ¿Qué es la verdad...?]

EL PRETORIO EN LA TORRE ANTONIA

Jesús es llevado ante Pilato para obtener de él una condena a muerte. Desde la dominación romana sólo el procurador tenía poder para condenar a muerte en Judea, y así los príncipes de los sacerdotes invocan la autoridad de Poncio Pilato, autoridad que normalmente no aceptaban sino por imposición. Para lograr tal condena le acusan de querer ser rey. Cristo Rey: el Mesías, rey de los judíos.

En el interrogatorio que Pilato hace a Jesús, le pregunta sobre su realeza. La respuesta de Jesús es para ser analizada: «... Regnum meum non est ex hoc mundo...». Se suele traducir mal porque se escribe: «mi reino no es de este mundo» es decir: «no soy rey de este mundo», y esto no es así. La partícula *ex* indica en este caso una circunstancia de procedencia. Por esto en estos Evangelios concordados se ha traducido por: «... mi Reino no es como este mundo...», es decir, «a la manera de los de este mundo». Y es que, además, a la pregunta de Pilato:

«¿Luego tú eres rey?», responde inequívocamente: «... Tú lo dices». [(Jn 18) 37 «Yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo...».] Jesús es el Mesías, rey de este mundo, y por esto lo condenan. También le dirá a Pilato: «No tendrías potestad sobre Mí si no te fuera dado de lo alto» (Jn 19, 11).

Una consideración más. A la exposición de Jesús: «... Todo el que es de la verdad, escucha mi voz». Dícele Pilato: «¿Qué es la verdad...?» (Jn 18). La traducción a la respuesta de Pilato «Quod est veritas» se ha puntuado, no sólo con la interrogación propia de la pregunta, sino además con unos puntos suspensivos que ilustran el sentido «relativista» de la falsa pregunta. Pilato, evidentemente, no cree en la verdad.

Pilato residía habitualmente en Cesarea Marítima, una población costera, cercana al puerto de Joppe (junto a la actual Tel Aviv) que había sido edificada por Herodes el Grande, a quien Roma había

dado en aquel tiempo un poder absoluto. Pilato, como sabemos, gobernaba Judea como procurador, pero su poder era equivalente al de los descendientes de Herodes que gobernaban, a su vez, las otras provincias (naturalmente, también con permiso de Roma). Por esto, al enterarse de que Jesús era galileo, decide enviarlo a Herodes «... que en aquellos días se hallaba en Jerusalén...» (Lc 23, 7).

Pero en estos días de Pascua, Pilato estaba en Jerusalén ocupando la fortaleza militar de la Torre Antonia. No sabemos el uso que se haría del suntuoso palacio que se había construido Herodes el Grande, aunque por jurisdicción le correspondía efectivamente al gobernador de Judea, pero lo cier-



Enlosado o «litóstrotos»

¡Ecce Homo!: Jn 19, 4-16

5 Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y vistiendo el manto de púrpura, y les dijo Pilato: Ved aquí al hombre...

15 Ellos, empero, gritaban: ¡Quita, quítale! ¡Crucifícale! Les dice Pilato: ¿A vuestro rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos más rey que al César.

16 Entonces se lo entregó para que le crucificaran. Se apoderaron de Jesús y lo sacaron fuera...

EL LITÓSTROTOS

Pilato muestra a Jesús a la muchedumbre, con las terribles secuelas de la flagelación y, como dice el Evangelista, con el lamentable complemento de la corona de espinas y el manto rojo. Pretende que se apiaden de Él, pero evidentemente no lo consigue.

Dice san Juan que esto ocurre en un patio enlosado «... en el lugar llamado Litóstrotos, y en hebreo Gábbata...». Es frecuente en san Juan los nombres en griego y en arameo.

Este enlosado, del patio exterior de la Torre

to es que Pilato recibe a los judíos, que le traen a Jesús, en el llamado Pretorio de la mencionada Torre Antonia.

En la actualidad de la torre Antonia quedan sólo unos pocos restos arqueológicos. El más conocido de ellos es el famoso Litóstrotos, pero no es el único. En el lugar existe un convento de las «Hermanas de Sión» donde se veneran estos enlosados, pero unas excavaciones recientes, bajo los cimientos, han permitido descubrir unos enormes aljibes subterráneos, que en su tiempo almacenaban agua para la fortaleza. Sus dimensiones permiten una estimación bastante aproximada de las que tenía la Torre Antonia.

Antonia, fue descubierto por el arqueólogo padre L. H. Vincent, lo que permitió localizar el lugar. Posteriores excavaciones han añadido el hallazgo de los aljibes subterráneos, como ya se ha dicho, y la situación está perfectamente definida. El arco que se apoya en la pared del convento, y que es posterior al siglo primero (de la época de Adriano), se denomina precisamente «Arco del Ecce Homo».

Dice J. M. Igartua en su obra *El misterio de Cristo*, que a la pregunta de si iba a crucificar a su Rey «... ellos respondieron: *No tenemos otro rey que el César*. En este momento el Israel oficial apostató de su misión de pueblo elegido mesiánico. Se declaraban súbditos voluntarios del emperador romano...».

Para finalizar, transcribimos un fragmento del Catecismo, que define con claridad la doctrina católica respecto de la Realeza de Cristo, su ámbito, y la esperanza de su cumplimiento. Es lo que se define en el propio Evangelio como la «consumación de los tiempos» (*consummationis saeculi*: Mt 24, 3) y que se suele traducir imperfectamente como «fin del mundo».

«Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos»

668 «Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos» (Rm 14, 9). La Ascensión de Cristo al cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos y en la tierra. Él está «por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación» porque el Padre «bajo sus pies sometió todas las cosas» (Ef 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf. Ef 4, 10; 1 Co 15, 24. 27-28) y de la historia. En Él, la historia de la humanidad e incluso toda la creación encuentran su recapitulación (Ef 1, 10), su cumplimiento trascendente.



Pequeñas lecciones de historia

El pueblo judío y la inmolación del cordero pascual

GERARDO MANRESA

DIJO el Señor a Moisés y Aarón en la tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel:

»El día diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino de casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año, cordero o cabrito.

»Lo guardaréis hasta el día catorce del mes, y toda la asamblea de Israel lo matará al atardecer. Tomaréis la sangre y rociareis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo hayáis comido. Esta noche comeréis la carne, asada al fuego, comeréis panes sin fermentar y verduras amargas.

»Y os lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el paso del Señor.»

Para los judíos, las solemnidades de Pascua duraban ocho días; se iniciaban la tarde del 14 del mes de nisán y finalizaban la tarde del día 21.

La preparación de la cena pascual era todo un rito. Los elementos principales eran el cordero pascual, el pan ázimo, las hierbas amargas y la salsa. El pan ázimo, llamado en hebreo *matsot*, eran tortas de harina de unos 25 cms de diámetro que se ponían al fuego en platos, hasta que se endurecían y, después con un punzón, se hacían rugosidades en la superficie. Las hierbas amargas habituales eran lechugas, perejil, berros, rábanos silvestres, etc. La salsa, en hebreo llamada *haroset*, era muy espesa y se preparaba con frutos secos, dátiles, almendras, pasas e higos machacados y desleídos con un poco de vinagre. Estos dos manjares simbolizaban los padecimientos que antaño soportaron los hebreos en Egipto, especialmente el *haroset*, que significaba la argamasa que unía los ladrillos que sus antepasados tuvieron que fabricar para sus tiranos, a costa de fatigas indecibles.

El manjar principal era el cordero, de un año, sin defecto alguno. Su inmolación se realizaba después del mediodía en el Templo, en el patio de los sacerdotes, delante del santuario, no lejos del altar de los sacrificios, conforme a un rito particular. Por no bastar el número de sacerdotes, podían inmolar por sí mismos los corderos los jefes de familia o sus delegados. Se dividían en tres grupos, que se sucedían desde las tres a las cinco de la tarde.

A una señal de las trompetas sacerdotales, cada

uno inmolaba su cordero. Los sacerdotes, colocados en dos filas, recogían la sangre de las víctimas en fuentes de oro o plata que iban pasando de mano en mano hasta llegar a los más próximos al altar, donde se vaciaban al pie del mismo. Luego se descuartizaban los corderos, cuidando de que, según estaba escrito, no se quebrantase ningún hueso, y se sacaba la grasa para quemarla en el altar de los holocaustos. Acabados estos ritos y terminado el canto de los salmos, se envolvían los corderos en sus pieles y se los llevaban respetuosamente a sus casas particulares. Con dos ramas de granado puestas en forma de cruz los introducían en el horno.

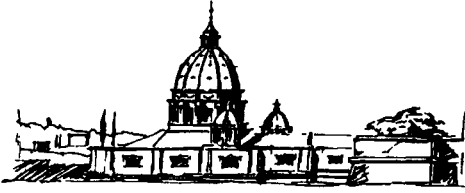
Estos ritos de la Pascua judía se conservaron desde el tiempo de Egipto y sufrieron pequeñas modificaciones hasta el tiempo de Jesús: por ejemplo, no comían la cena de pie, o no rociaban las jambas y el dintel de la casa con la sangre del cordero.

También Jesús en la última cena debió cumplir estas tradiciones, tal como se puede deducir de los textos evangélicos (Mt 26, 17-19; Mc 14, 12-16; Lc 22, 7-13) y para ello, como dice san Lucas, envió a Pedro, cabeza de los apóstoles, y Juan.

La principal modificación que ha efectuado el pueblo judío en sus solemnidades pascuales, cuarenta años después de la muerte de Jesús, es la eliminación del elemento principal de dicha cena, el cordero. Después de la destrucción del Templo de Jerusalén los judíos renunciaron a él porque no podían inmolarlo en el Templo como un sacrificio y desde entonces, en su cena pascual, sólo el pan ázimo, las hierbas amargas y la salsa son los ingredientes principales.

Aunque los judíos alegan esta razón, la verdadera causa de ello es la que san Pablo indica en su carta a los Hebreos: «Pues Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres, imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces, como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena; si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde el principio del mundo. De hecho, Él se ha manifestado una sola vez, al final de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo» (cap. 9).

El pueblo judío, que, en su obcecación, no quiso creer en Jesús como el Mesías prometido del que hablaban los Profetas, está cumpliendo con los designios de Dios y, como dice san Pablo, ha cesado en la inmolación del cordero pascual porque ya no ha lugar ningún sacrificio después de la muerte y resurrección de Jesús.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Beatificados ocho mártires españoles

LA tarde del pasado sábado 29 de octubre fue de nuevo una tarde de gran júbilo para el pueblo español y, muy especialmente, para el pueblo catalán. Durante la celebración eucarística celebrada en el altar de la Confesión de la basílica vaticana y por encargo del Papa, el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, leyó la carta apostólica con la que el Santo Padre inscribió en el catálogo a ocho nuevos mártires de la persecución religiosa en España.

Se trataba de María de los Ángeles Ginard Martí, de la Congregación de las Hermanas Celadoras del Culto Eucarístico, martirizada en Madrid, y Josep Tàpies i Sirvant y seis compañeros (Pascual Araguàs i Guàrdia, Silvestre Arnau i Pasqüet, Josep Boher i Foie, Francesc Castells i Brenuy, Pere Martret i Moles i Josep-Joan Perot i Juanmartí), presbíteros leridanos fusilados el 14 de agosto de 1936 por odio a la fe de Cristo, porque no se les pudo acusar de nada más.

La biografía vaticana destaca que eran «un grupo de sacerdotes diocesanos, pastores de parroquia, que dieron su vida por Cristo y por amor a los hermanos, regalando el perdón a sus verdugos, viviendo aquellos momentos tan trágicos con sentimientos de unión con la Pasión del Señor y de amor a la Madre celestial, la Virgen de Ribera, tan querida en La Pobla de Segur, a la que saludaron desde el camión que les conducía al martirio diciéndole con amor: «Adiós, Virgen de Ribera, ¡venimos al cielo!». Sufrieron un duro interrogatorio en La Pobla, se negaron a disimular que eran sacerdotes, o a profanar su sotana, celebraron la santa misa y defendieron hasta que pudieron el templo parroquial para que no fuera profanado el santísimo Sacramento, se encaminaron a ser fusilados con ánimo firme y llenos de piedad. Al llegar al lugar de la ejecución, uno se descalzó para subir hasta las tapias del cementerio, imitando a Jesús, que subió descalzo al Calvario; otro regaló a sus verdugos todo el dinero que llevaba porque a él ya no le haría falta. Y todos murieron ayudándose a ser fieles, perdonando a sus verdugos y gritando: «¡Viva Cristo Rey!».

Al concluir la celebración, Benedicto XVI se acercó a la Basílica para venerar las reliquias de los mártires y dirigir unas palabras a los peregrinos es-

pañoles en las que recordó el modelo de vida propuesto por los nuevos beatos, una vida cuya entrega final fue preparada por «largas horas dedicadas a la adoración del Santísimo Sacramento, sin descuidar su servicio a la comunidad». ¡Qué maravilloso ejemplo para nosotros el testimonio de estos beatos, fieles a la verdadera tradición del pueblo catalán y tan ajena a esa afectación nacionalista que siempre ha despreciado el verdadero ser de nuestra tierra, agradecida a Dios por los «talentos» recibidos, y se ha engreído, por el contrario, de lo que nunca ha sido!

Declaración conjunta sobre la apostolicidad de la Iglesia

TRAS la histórica declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación firmada por la Iglesia católica y la Federación Luterana Mundial en Augsburgo (Alemania) el 31 de octubre de 1999, «pilar significativo en nuestro sendero común a la plena unidad visible», parece que continúa por buen camino el «diálogo fructífero» entre la Iglesia católica y dicha entidad, anunciándose la pronta publicación de un documento de la Comisión Luterana-Católica Romana sobre la apostolicidad de la Iglesia.

Además, el reverendo Mark S. Hanson, obispo y presidente de la Federación Luterana Mundial, anunció recientemente que la Federación ha dado pasos para que se amplíe el consenso en torno a esa declaración y anunció el apoyo del Consejo Metodista Mundial en julio de 2006.

La Iglesia más antigua de Tierra Santa

LA agencia Reuters informaba recientemente del descubrimiento por arqueólogos israelíes de la que podría ser la iglesia más antigua de Tierra Santa. Los restos de la iglesia, un mosaico con algunas inscripciones y diversas ruinas, fueron descubiertos al hacerse unas excavaciones en una prisión en Megido, bajo el monte Armagedón, en busca de antigüedades.

Para el jefe de las excavaciones, el arqueólogo Yotam Tepper, «ésta es, en Israel seguro, la iglesia más antigua. (...) Ya se habían descubierto lugares de plegarias en Tierra Santa que podrían ser más

antiguos que las ruinas de la prisión, pero ninguno fue clasificado como una iglesia». Los especialistas estiman que los restos encontrados corresponden a la mitad del siglo III y principios del IV. Las ruinas contienen un mosaico en el suelo con diseños geométricos, la imagen de un pez e inscripciones en griego antiguo que hacen referencia a «Dios Jesucristo» y podrían aportar datos sobre las prácticas tempranas del cristianismo.

Coincidiendo con este descubrimiento, cabe destacar también las declaraciones del arzobispo Celestino Migliore, observador permanente ante las ONU, que el pasado 1 de noviembre alertaba en nombre de la Santa Sede ante las Naciones Unidas de la difícil situación que están viviendo los cristianos en Tierra Santa. «Este año estamos obligados a llamar la atención por las crecientes dificultades que afrontan los cristianos palestinos (menos del 2% de la población palestina local) que, a pesar de pertenecer a un credo que surgió precisamente en esa tierra, a veces son vistos con suspicacia por sus vecinos», siendo doblemente discriminados por cristianos y por palestinos.

Por otro lado, la agencia EFE ha informado de un posible preacuerdo entre la Santa Sede e Israel por el cual el gobierno israelí, a petición del Presidente del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos, cardenal Walter Kasper, concedería a los católicos velar por el Cenáculo, entregando su custodia a la orden franciscana y permitiendo de esta manera su uso para oficios litúrgicos.

¿Legalizada la poligamia?

EL pasado 23 de septiembre el holandés Victor de Bruijn, de 46 años, celebró un «contrato de cohabitación» con su esposa Bianca de Bruijn, de 31 años, y con Mirjam Geven, de 35, ambas tocadas para la ocasión con vestidos nupciales y en la que tampoco faltaron las respectivas alianzas tradicionales. Los tres recurrieron a esta figura jurídica establecida en los Países Bajos (figura equiparable a las uniones de hecho establecidas en otros países), ya que, como reconoció el propio Bruijn, por ley no podían casarse porque en Holanda el matrimonio polígamo está penado. Sin embargo, «aún así, queríamos unirnos de manera oficial» y por ello recurrieron a este tipo de unión, completamente legal, y que ellos consideran como un verdadero matrimonio. El partido calvinista holandés ha solicitado la anulación de esta unión, al señalar que en la práctica se trata de poligamia, pero el mismo minis-

tro de Justicia, el democristiano Piet-Hein Donner, ha tenido que salir en defensa de la unión polígama afirmando que el Gobierno no puede anularla porque legalmente no fue un matrimonio.

El Tibidabo de Barcelona acoge la IV Corazonada

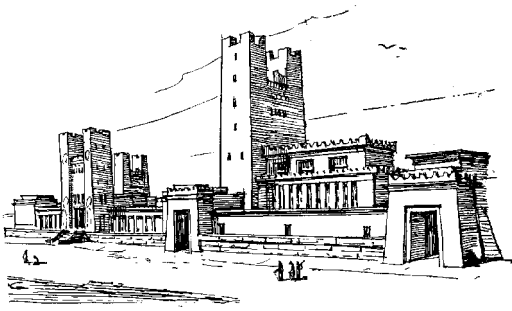
LA Corazonada, encuentro de jóvenes devotos del Corazón de Jesús que anualmente se reúnen alrededor de un monumento dedicado al Sagrado Corazón para convivir un par de días, formarse espiritualmente, compartir experiencias acerca de la necesaria coherencia cristiana en la vida social y, sobre todo, acercarse a Cristo en la oración, tuvo este año como marco el Templo Expiatorio Nacional del Tibidabo y ha sido el primer año que se realiza fuera del Cerro de los Ángeles.

El encuentro, cuyo sugerente lema «Testimonios en la vida pública: mi corazón está inquieto» hacía presagiar interesantes experiencias, no defraudó a los asistentes. Iniciado con una larga caminata a pie desde el Velódromo de Horta al monasterio de Sant Cugat (cruzando la sierra de Collserola) para subir desde allí a la cumbre del Tibidabo, donde está enclavado el magnífico Templo expiatorio, durante dos días se sucedieron las charlas, un concierto-oración de música cristiana y una intensa noche de adoración a la vez que los aproximadamente ciento cincuenta jóvenes presentes aprovechaban los momentos de descanso para conocerse y compartir sus esperanzas e ilusiones.

Iniciado en Polonia el proceso de beatificación de Juan Pablo II

EL papa Juan Pablo II fue un «hombre admirable que vivió siempre de rodillas ante Dios». Con estas palabras elogió el arzobispo de Cracovia, monseñor Estanislao Dziwisz, al recientemente fallecido Juan Pablo II durante la misa de instalación de los miembros del Tribunal eclesiástico que analizará las pruebas para la beatificación del Papa Wojtyla, misa celebrada el pasado viernes 4 de noviembre en la histórica catedral de Wawel.

El tribunal escuchará los testimonios de testigos en Polonia de la vida de Karol Wojtyla —explicó monseñor Tadeusz Pieronek, presidente del mismo— y tras entrevistar a cientos de polacos remitirá sus conclusiones a Roma donde se sumarán al proceso ya iniciado en esa ciudad.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

La rebelión conservadora

LA nominación de Harriet Myers por parte del presidente Bush desató un enfrentamiento sin precedentes entre los grupos conservadores norteamericanos y un presidente que hasta el momento había recibido el apoyo incondicional de éstos. El puesto en liza en el Tribunal Supremo es de capital importancia dado que son cargos vitalicios y que en los próximos años es probable que se vuelva a plantear el asunto del aborto por la cada vez más fuerte presión a favor de su ilegalización.

La elección de Myers fue una sorpresa para todo el mundo. Amiga íntima y abogada personal del propio Bush, apenas se le conocían otros méritos, lo que desconcertó a más de uno. Probablemente Bush quiso dejar sin argumentos a los demócratas que tan complicada habían puesto la confirmación al juez Roberts; un candidato sin pasado es difícil de atacar. Pero sus aliados conservadores no lo han visto así: si durante años habían luchado para que los jueces del Tribunal Supremo fueran elegidos por sus méritos profesionales y no por su cercanía ideológica al presidente de turno (en aquellos tiempos demócrata), debían oponerse a esta nominación si de veras eran consecuentes. Y vaya si lo fueron; en un ataque en toda regla y por todos los flancos, los conservadores exigieron la renuncia de Myers.

Bush se escudó en la confianza que le debían quienes le han acompañado en múltiples batallas; Myers, una evangélica «reborn» (vuelta a nacer) como el propio presidente, no les iba a defraudar. Pero como algunos le han echado en cara, su evangelismo no basta para asegurar que esté a la altura de las circunstancias en tan trascendental lugar. La campaña no cesó de incrementarse hasta que finalmente, en un gesto inaudito, Myers renunciaba y un presidente en horas bajas aceptaba esa renuncia.

El siguiente paso era una nueva nominación que iba a indicar la reacción de Bush ante esta asombrosa rebelión. ¿Iba ahora a contentar a los conservadores o, por el contrario, les iba a castigar con un candidato más alejado de sus postulados? La nominación de Alito, el favorito de los conservadores, marcaba la victoria total de éstos en este peculiar pulso. Se demostraba así que algunos políticos aún

hacen uso de su razón y que comprenden con claridad el mensaje cuando se les somete a presión. Y también confirma la fuerza del movimiento conservador, uno de los pilares de Bush, cada vez más descontento con un presidente que amplía sin cesar el poder del gobierno federal y es incapaz de frenar el gasto público. A George W. Bush le quedan tres años de mandato, pero hay movimiento conservador en Estados Unidos para muchos más.

Palestinos contra palestinos

LA Autoridad Nacional Palestina ha informado de que, por primera vez desde el año 2000, han muerto más palestinos a manos de otros palestinos que en enfrentamientos con israelíes. Todo un éxito para el embrión del futuro estado palestino, llamado, según el discurso oficial, a traer la paz a la región. Lo más grave del asunto es que esta situación obedece a una escalada de enfrentamientos y ajustes de cuentas entre grupos palestinos deseosos de controlar la frágil, por no decir casi inexistente, estructura estatal palestina. En cualquier caso, la visión del problema del Oriente Medio como causada única y exclusivamente por la agresión israelí contra los pacíficos pobladores árabes del lugar queda en entredicho a la luz de estas informaciones. Los miles de cristianos árabes que se han visto obligados a emigrar lo saben desde hace años.

Arde París

MÁS de trescientas ciudades afectadas, más de dos mil detenidos en una semana, cientos de heridos, más de cien edificios públicos incendiados en menos de diez días, 32.000 coches quemados desde principios de año, 72.000 casos de violencia en 2005. Hablamos de Francia, la dulce Francia, convertida en un campo de batalla por los jóvenes de los barrios periféricos. La reacción ha consistido en el toque de queda, el estado de emergencia, los registros domiciliarios sin autorización, el confinamiento de los detenidos sin juicio y la expulsión de los emigrantes implicados en actos

de violencia. No se veía nada igual desde la guerra de Argelia.

La primera conclusión de esta oleada de violencia callejera es la constatación del fracaso del modelo francés de integración de los emigrantes musulmanes basado en la «republicanización» de los emigrantes. De hecho, lo que hemos vivido estos últimos días ha sido una intensificación de un fenómeno generalizado y recurrente en las periferias de las ciudades francesas. Un ambiente de violencia e impunidad enraizado en una sociedad que destruye todo vínculo y atomiza a los individuos, condenándolos a la soledad existencial que se trata de encubrir mediante la autodisolución del individuo en la masa. Tampoco hay que olvidar que estos jóvenes provienen de familias musulmanas y que, si bien no se caracterizan de modo general por ser fieles practicantes, sí mantienen vivo su resentimiento hacia una sociedad occidental que contemplan como forjada por la fe cristiana. De ahí la poco aireada quema no sólo de escuelas y edificios públicos, sino también de iglesias. O la reacción, en Carprentas, de ataques a una mezquita.

Pero hay algo más, algo más profundo. Acierta de lleno Juan Manuel de Prada cuando escribe que «detrás de la parálisis institucional, de la hipertrofia burocrática, de la crisis de un modelo social, del florecimiento de movimientos radicales animados por un apetito de destrucción y saqueo, se esconde ese malestar colectivo que ataca a las naciones cuando han dejado de creer en su futuro y se entregan orgiásticamente a la decrepitud. Solzhenitsyn, hace ya algunas décadas, aludía al «arrebato de automutilación» que minaba la vitalidad del continente, desde que la conciencia europea empezase a excluir a Dios. Pecaríamos de ingenuidad si pensáramos que este «arrebato de automutilación» es una enfermedad exclusivamente francesa; sus síntomas los comparten, con mayor o menor virulencia, los países de su entorno, víctimas de una mortífera mez-

cla de prosperidad material y nihilismo espiritual». Y cuando cunde el nihilismo el paso hacia el terrorismo es sólo cuestión de tiempo; no muy largo si consideramos que los propagandistas del islamismo radical pululan junto a las cenizas de las «banlieues» francesas.

Quando el aborto lo desquicia todo

CUANDO se enloquece se enloquece para todo. Quizás sea posible perder la cabeza en una cuestión y mantenerse cuerdo en las otras durante un tiempo, pero más pronto que tarde la locura afectará a la vida entera. Es lo que le ocurre a una sociedad que desprecia la vida de los no nacidos; el veneno del aborto la va envileciendo de manera silenciosa, alcanzando ámbitos que uno pensaba alejados. La última noticia de las consecuencias delirantes del caso *Roe v. Wade* por el que se abrió la puerta del aborto en Estados Unidos nos llega de Lufkin, una población de Texas. Allí, la joven de dieciséis años Erica intentó sin éxito matar a los gemelos que estaba esperando de varios modos. Cuando ya llevaba cuatro meses de gestación, pidió a su novio, Gerardo, que saltara repetidas veces sobre su barriga, lo cual hizo con el resultado de la muerte de los dos niños. Gerardo ha sido acusado de asesinato por tamaña salvajada, pero Erica no. Según uno de los abogados del caso estamos ante un sinsentido, pues «lo que consideramos crimen para una persona es un derecho constitucional para la otra». En efecto, todo un sinsentido, empezando por matar a sus propios hijos en el seno materno. De acuerdo con la sentencia *Roe*, Gerardo estaba ayudando a Erica a ejercitar su derecho constitucional a matar a sus hijos. A diferencia de otros abortistas, por supuesto, carecía de licencia, lo que convierte su acción en abominable para los coherentes defensores del aborto libre.

¿Por qué se muere Europa?

Sí: la sociedad europea se muere: sus extremidades están frías: su corazón lo estará dentro de poco. ¿Sabéis por qué se muere? Se muere porque la sociedad había sido hecha por Dios para alimentarse de la sustancia católica, y médicos empíricos le han dado por alimento la sustancia racionalista. Se muere, porque así

como el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, así también las sociedades no sólo mueren por el hierro, sino por toda palabra anticatólica, salida de la boca de los filósofos. Se muere, porque el error mata; y esa sociedad está fundada en errores.

DONOSO CORTÉS



emos leído

ALDOBRANDO VALS

El futuro del cristianismo, una visión desde los Estados Unidos

El prestigioso pensador norteamericano, Ralph McInerny, es uno de los autores que han aportado un artículo al libro colectivo recientemente publicado en Italia por Il Domenicale titulado «Europa entre memoria y proyecto. Raíces cristianas y relativismo ético». Nos ha parecido especialmente interesante una de sus aportaciones referida al futuro de la Iglesia en el mundo occidental y su interpretación de uno de los fenómenos más sorprendentes y crecientes en Estados Unidos: el desarrollo y consolidación de la escolarización en el hogar, con resultados francamente satisfactorios. A continuación reproducimos un fragmento del escrito de McInerny:

Los americanos acostumbramos a mirar hacia Europa, de la cual derivamos. La interpretación dominante se centra en las trece colonias de la Costa Este y en su impronta más o menos protestante. La influencia francesa fue oscurecida por el éxito militar británico que los arrinconó en el Québec y posteriormente en Maine, Vermont y Massachusetts. Quien, como yo, vive en el Medio Oeste, está rodeado de recuerdos de la contribución francesa a la nación, que, naturalmente, fue una componente católica. Comerciantes y misioneros como los padres Hennepin y Marquette atravesaron de arriba abajo medio continente siguiendo los Grandes Lagos. El heroico Lasalle navegó el río St. Joseph descendiendo desde el lago Michigan hasta un punto que está sólo a un tiro de piedra de lo que luego sería la sede de mi universidad, Notre Dame du Lac. Luego

prosiguió hasta «descubrir» el Mississippi para finalmente encontrar la muerte en Texas cuando sus compañeros se amotinaron en su contra. Históricamente, el Medio Oeste debe mucho a los franceses, un hecho oscurecido después por los orígenes de las sucesivas oleadas migratorias: alemanes, irlandeses, escandinavos, italianos. La influencia española se encuentra por todas partes en cuanto uno se dirige hacia el oeste o el sudoeste, en primer lugar en los nombres españoles de tantos estados y ciudades. El amplio sistema de misiones a lo largo de la costa del Pacífico da aún hoy en día nombre a muchas de las ciudades de California.

El cristianismo nos llegó a través de los colonos, comerciantes y sacerdotes misioneros. ¿Y Europa? El famoso comentario de Hilaire Belloc, «Europa es la fe, la fe es Europa», es un juicio histórico, no teológico. ¿Quién puede entender Europa sin el papel del cristianismo en su formación, desarrollo y continuidad? Milenios de familiaridad han erosionado el sentido de gratitud por todo esto. El cardenal Schönborn ha dicho de Europa: «nuestras iglesias son museos y nuestros museos son iglesias».

Hemos vivido para ver un esfuerzo deliberado de ignorar el rol decisivo jugado por el cristianismo en la formación de Europa. Naturalmente, la exactitud histórica no es el núcleo del problema; tampoco nos valdrá en un debate con un adversario obtuso y hostil. El cristianismo exige de nosotros mucho más, y lo que exige será cada vez más difícil en la medida en que el entorno cultural y el apoyo a la fe sean cada vez más exiguos.

El cristianismo, ¿experimentará una diáspora en sus antiguos territorios de la Cristiandad? El modelo sugerido para el inmediato futuro del cristianismo es el monas-

terio: fortalezas de oración y trabajo que se fundaron por toda Europa. Muchos monasterios americanos –benedictinos, trapenses– fueron fundados por las casas madre europeas, un proceso que aún continúa. Junto a Tulsa, en Oklahoma, se ha establecido un nuevo monasterio con monjes provenientes de Fontainebleau. No queremos sugerir aquí que todos debamos refugiarnos en los monasterios o en los conventos, pero sí que algo de aquella sorprendente combinación de mentalidad de asedio y de espíritu misionero debería de animar a aquella que, después de todo, es la unidad de base de la Iglesia, la parroquia; y también a aquella unidad aún más básica que es la iglesia doméstica: la familia.

Sospecho que aislamiento y comunidad serán los signos de la vida cristiana en Europa. Y, sin duda, también aquí. Ciertamente es necesario resistir a la secularización rampante de la sociedad en su conjunto; pero el éxito de esta lucha no define el cristianismo. La familia y la parroquia han sido inmediatamente colocadas en un lugar y tiempo particulares y se refieren esencialmente a la Iglesia universal, el Cuerpo de Cristo. Hablaba antes de una fusión monástica de mentalidad de asedio y de espíritu misionero. Algo así se puede contemplar ya en la amplia y creciente práctica del *homeschooling* (educación en casa).

Ha sido el padre Joseph Fessio quien ha comparado por primera vez el crecimiento del *homeschooling* con el movimiento monástico. Muchos padres jóvenes, disgustados de lo que les ofrecen las escuelas públicas, asumen la tarea de educar, en sus casas, a sus hijos. A menudo la decisión de proteger a los hijos se explica por

la incidencia de lo que llaman «educación sexual», pero también se encuentra muy a menudo la deficiente instrucción religiosa. En parte esto equivale a levantar una barrera que proteja a los propios hijos de las intrusiones del mundo: la carne y el demonio. El espíritu es, sin embargo, muy diferente de esa tendencia, histórica en América, a fundar comunidades alternativas para aislarse de la vida nacional: Brook Farm, New Harmony, Amish, Mennonitas y Mormones. El católico se siente parte integrante del núcleo esencial de nuestra civilización llegado de Europa. Desde este punto de vista son los «secularizados» quienes quedan al margen; por muy numerosos que lleguen a ser, a su alrededor permanecerán los signos de su condición marginada. Como el ateísmo no es la condición de partida de la mente humana —*non est quid originarium*— la sociedad secularizada es y será una negación, por mucho que sea ocultada la afirmación de la que constituye negación.

Mirando de cerca a Nueva Orleans

La llegada del huracán Katrina a Estados Unidos ha sido contemplada de manera casi unánime por la prensa nacional como la demostración palpable de la persistencia de un racismo inconfesable en Estados Unidos. Como sucede casi siempre, una mirada más atenta a la realidad, despojada de apriorismos ideológicos, nos devuelve una imagen muy distinta de aquella con la que nos han bombardeado. Tal es la hegemonía de lo políticamente correcto, anteriormente conocido por el término más claro de manipulación. Robert Rector, investigador de la Heritage Foundation, acaba de publicar un interesante artículo en National Review que osa afirmar que el problema de la pobreza de la población negra en Estados Unidos está principalmente ligado a su propio comportamiento y, muy especialmente, a su bajísima

tasa de matrimonios. Irrebatible, aunque hay muchos que no quieren ni ver ni oír.

Mientras el huracán Katrina golpeaba Nueva Orleans, éramos golpeados también por imágenes de madres y niños desamparados ante la destrucción causada por la tormenta. Algunos críticos sociales llamaron en seguida la atención sobre otra tragedia que subyacía a la destrucción causada por el Katrina: la tragedia de la pobreza persistente en una nación de abundancia. Muchos en Nueva Orleans, denunciaban, fueron víctimas, no meramente del huracán, sino también de las fuerzas económicas y sociales que los habían atrapado en la pobreza, en la marginalidad. Nueva Orleans se convirtió en una metáfora de un problema más profundo, la pobreza en Estados Unidos.

Históricamente Nueva Orleans ha tenido siempre una alta tasa de pobreza, especialmente de tipo infantil. En 2004, un 38% de los niños estaban viviendo bajo el umbral de pobreza, más del doble de la media nacional. Estas cifras son un motivo de preocupación nacional. ¿Por qué hay tantos niños pobres en Nueva Orleans? Claramente, una deficiente educación y el desempleo han tenido su importancia. Pero un factor crítico, ignorado por demasiados comentaristas, es el colapso de la familia. En el conjunto de la nación, los niños nacidos y criados fuera del matrimonio tienen siete veces más probabilidades de vivir en la pobreza que los niños que viven en familias intactas. Casi dos tercios de todos los niños pobres viven en familias monoparentales.

La mayoría de los pobres de Nueva Orleans que vimos entre las riadas buscando una precaria seguridad eran negros. La prensa a menudo arguye que la raza, y no el matrimonio, es la clave para explicar la persistente pobreza. Pero en Estados Unidos raza, pobreza y ruptura matrimonial van inextricablemente unidos. Los niños negros tienen tasas de pobreza mayores principalmente porque los negros tienen menores tasas de

matrimonio. Los niños negros criados por parejas casadas tienen casi la misma probabilidad de ser pobres que los niños blancos criados del mismo modo (12% frente a 8% respectivamente). El problema es que pocas familias negras no acaban rompiéndose.

El 68% de los niños negros nacen fuera del matrimonio. Este problema se une al hecho de que (tanto entre blancos como entre negros) los nacimientos fuera del matrimonio están correlacionados con bajos niveles de educación materna. Las mujeres menos capaces de mantener una familia son las que lo van a tener que hacer solas.

Los liberales replican a menudo que los negros no contraen matrimonio porque sus salarios no son suficientes para mantener a una familia. La historia nos dice lo contrario: al inicio de la segunda guerra mundial más del 80% de los niños negros nacían dentro del matrimonio. El salario medio de un negro en aquella época era de 639\$ al año, alrededor de 8.000\$ de hoy en día. El salario actual es de alrededor de 30.000\$, o sea, casi cuatro veces mayor que hace cincuenta años, pero sólo un 32% de los niños negros nacen dentro del matrimonio en nuestros días. Históricamente, el nacimiento de niños negros fuera del matrimonio se disparó precisamente cuando sus salarios se incrementaron, tanto en términos absolutos como en comparación con los blancos. Tienen que haber otros motivos que lo expliquen: un trastocamiento de las normas culturales, en primer lugar, y un sistema de beneficencia que paga a las mujeres que permanecen solteras.

Nueva Orleans nos da clara evidencia de los resultados. Allí, la tasa de nacimientos fuera del matrimonio es, al igual que la tasa de pobreza infantil, el doble de la media nacional. Y la pobreza no es el único problema creado por la ausencia de padres. Los niños criados en hogares monoparentales tienen una mayor probabilidad de tener problemas emocionales y de comportamiento, de fracasar en la escuela, de caer en la drogadicción y en la delincuencia.

Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey

Con este título escribió un artículo en CRISTIANDAD, ahora hace sesenta años, el padre Ramón Orlandis, S.I., glosando la encíclica Quas primas, de Pío XI. Apareció en el número de 1 de noviembre de 1945 y se reprodujo en un libro del mismo título, que apareció en 1951. El libro era pequeño en extensión y enorme en contenido. En él se incluían, además de este artículo, otros dos del mismo padre Orlandis, y otros tres de algunos redactores de la revista (Cuffí, Bofill, Basil) e iba prologado por el obispo de Barcelona, don Gregorio Modrego. Un magnífico proemio –sin firma– enmarcaba atinada y sugerentemente su temática, y hacía un recuento histórico del proceso que fue desde 1875, año de la consagración de la Iglesia al Sagrado Corazón, hasta 1925, año de la publicación de la encíclica.

Fue el día 11 de diciembre de 1925, en los últimos momentos del Año Santo, cuando por su encíclica *Quas primas* el Romano Pontífice Pío XI promulgó la institución de la nueva festividad litúrgica de Cristo Rey. Testimonio es ella bien fehaciente de la convicción profunda que inducía al Papa a tomar tal determinación. Esta convicción de la importancia y de la actualidad del acto, se deja bien entrever en el recuento de los antecedentes que lo han ido preparando y con que se abre la Encíclica.

Mas no sólo en aquel pasaje, sino en todo el documento, desde el principio hasta el fin, son tan graves y sentidas las palabras de Pío XI, que bien se deja conocer que su intento es no transmitir solamente al pueblo cristiano su juicio maduro y fundamentado sobre la legitimidad y la conveniencia de la institución, sino la emoción que en aquel momento embarga su ánimo paternal y el anhelo vivísimo que sienten de ser atendido, comprendido y secundado.

Porque, ¿qué es la encíclica *Quas primas* sino un eco profundo de aquella otra encíclica *Ubi arcano*, en donde el mismo Pío XI dio a conocer al pueblo cristiano y al universo entero el ideal de su pontificado, cifrándolo en aquella fórmula de tanta amplitud y profundidad: «La paz de Cristo en el Reino de Cristo»?

En aquella primera encíclica, magistral por su doctrina, ¿cómo se trasluce en todos los párrafos la

El padre Orlandis hizo una profunda lectura de la Quas primas y destacaba de modo particular su actualidad en el doble plano psicológico y providencial. Esta encíclica y el programa que ella envolvía era la parte esencial del ideal de CRISTIANDAD. El que fuera inspirador de esta revista lo entendió hondamente y supo transmitir la esperanza que contiene a todos los que él formó en SCHOLA CORDIS IESU. Nada puede añadirse a las precisas palabras que iban orientadas a que los lectores tomasen, de verdad, en serio el programa expuesto en la encíclica sobre la realeza de Cristo. Es imposible superar el comentario que nos honramos en publicar, justo ahora al cumplirse los ochenta años de la encíclica y los sesenta de este número de nuestra revista.

angustia paternal del corazón del Vicario de Cristo, al ver al mundo confiado a su tutela cerrar los ojos a la luz a riesgo de irse despeñando cada vez más en la ruina! El Papa alza su voz y no cesa de clamar al mundo descarriado que vuelva los ojos a la luz, que sólo acogiéndose al imperio salvador de Jesucristo podrá hallar la vida, la salud, la paz. La encíclica *Ubi arcano* es ciertamente un toque de alarma, pero más que un toque de alarma es un gemido de un corazón de padre, que debiera herir y despertar el corazón de los dormidos.

Transcurridos ya tres años, ¿había despertado el mundo? Un nuevo gemido que exhala el corazón del Vicario de Cristo, un nuevo clamor eco del primero, un nuevo toque al corazón: esto es la encíclica *Quas primas*. Una nueva proposición magistral de la doctrina del Reino de Cristo, una industria excogitada por el amor paternal: para que la doctrina salvadora penetre en los entendimientos y en los corazones; éste es el contenido de la encíclica.

El pensamiento del Papa

Se puede encerrar el pensamiento del Papa en unas pocas proposiciones, cuales son las que se siguen:

1.º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz

verdadera y estable. En él sí, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*Ubi arcano, Quas primas*).

2.º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (*passim*).

3.º Por consiguiente, entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituida ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defiende y tutela los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (*Ubi arcano*).

4.º La realización de este ideal no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*Ubi arcano, Quas primas, Misericordissimus Redemptor*).



El padre Ramon Orlandis, S.I.

La peste de nuestro tiempo

CUANTAS veces habla S. S. Pío XI de la realeza de Cristo, dirige su palabra al mundo actual, al mundo en que nosotros vivimos. No trata del asunto en forma abstracta, en una forma en que cualquier papa de cualquier siglo hubiera podido hablar al mundo de aquel entonces. Habla para instruir, y persuadir y gobernar a los hombres actuales, y es la suya una verdadera porfía para hacerles comprender la actualidad del tema, para convencerles del interés que tiene aquello de que les habla para el mundo en que nosotros vivimos y nos movemos. Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del Reinado de Cristo puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruido, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en qué consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor.

¿Cuál es esta peste que inficiona las almas?: no es otra que el *laicismo*. Las palabras de Pío XI son terminantes:

«Al prescribir al mundo católico, que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales Y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo*, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabi-

da cosa es, a la madurez en sólo un día. Tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzóse por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar

al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden —claro es— a la bienaventuranza eterna. Luego, paso tras paso, se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en sustituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios» (*Quas primas*).

Esta caracterización del malhadado *laicismo*, peste de nuestra sociedad, descubre su

próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor edad.

De esta apostasía social, de esta separación de Jesucristo, ¿qué consecuencias se siguen para la sociedad? S. S. nos lo recuerda a renglón seguido: «Los acerbísimos frutos, tan frecuentes y duraderos, que este alejarse de Cristo individuos y naciones, ha producido, los lamentamos ya en la encíclica *Ubi arcano* y de nuevo los lamentamos hoy». Para no alargarnos más, hagamos notar solamente el último de sus amargos frutos que enumera Pío XI: «La humana sociedad transtornada y llevada a la destrucción.»

Así, la negación de la realeza de Cristo es peste, ruina, muerte; el acatamiento de la realeza de Cristo es vida, salud, prosperidad. «Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes que forzosamente penetrarían todas las partes de la sociedad civil: la justa libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz».

Quien lea estos fragmentos copiados y más quien considere, no a la ligera ni con prejuicios, los documentos citados en su integridad, notará que las palabras del Papa no suenan a formulismos vacíos, sino

a íntima persuasión; que no son meras palabras, sino espíritu y vida, y el espíritu y la vida necesitan comunicarse. De aquí la constancia de Pío XI en buscar maneras de comunicar su persuasión, su espíritu, su vida al pueblo cristiano y al mundo entero.

Táctica del Pontífice

LA táctica de Pío XI es de insistencia, es la de hacer conocer la doctrina del Reino de Cristo a todos los cristianos y a todos los hombres, según la capacidad de cada uno. Para este fin propone esta doctrina y la recuerda en luminosos documentos y pondera su valor y su interés vital. Y encarga a los jerarcas de la Iglesia que transmitan sus enseñanzas a los fieles, acomodándolas a su inteligencia.

Para este fin instituye, la solemnidad litúrgica anual de Cristo Rey y hace que se celebre en un día y un tiempo del año que haga resaltar su importancia, y la razón que da es práctica y fundada en el conocimiento de los hombres. Las fiestas anuales hacen entrar por los ojos de los fieles la verdad que en sí encierran; ellas hablan no sólo a la inteligencia sino al hombre entero, y con esto la doctrina divina se embebe en el alma de los fieles, y, por decirlo así, se convierte en su carne y en su sangre.

Por donde se ve que la actualidad de la nueva festividad procede de la actualidad de la idea que en ella se incluye y se asocia, de la actualidad de la idea de la realeza de Cristo.

Desarrollo de la idea

Pío XI tiene fe, fe viva e incommovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará al mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo.

Mas, ¿de dónde viene a la idea de Cristo Rey este poder de victoria? ¿Es algo nativo en ella o le sobreviene de fuera, de la libre disposición de Dios? ¿Túvolo ya en todos los tiempos, en todas las circunstancias o requiere para su ejercicio la coyuntura actual?

La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana; su abolengo es tan antiguo cuanto lo es el cristianismo; tiene expresión vigorosa en las páginas del Nuevo Testamento; se encuadra como fórmula dogmática en el símbolo eclesiástico; se reza y se canta en la liturgia. ¿Por qué los papas de en-

tonces no atribuyen como Pío XI a esta idea una virtualidad especial? ¿podríamos imaginarnos un Papa, por ejemplo, de la Edad Media, instituyendo la solemnidad anual de Cristo Rey por una encíclica *Quas primas* y esperando de la difusión y conocimiento de la idea la salvación del mundo? ¿Hubiera cristianizado más al mundo la idea del Reino de Cristo, que la idea de la Cruz?

Exponemos con alguna extensión la dificultad precedente, no tan sólo porque prepara la genuina explicación de la virtualidad de la idea de Cristo Rey, sino también porque no faltan panegiristas y aun tratadistas de la Realeza de Cristo que la declaran y enaltecen poco más o menos como lo hicieron en la Edad Media, salvo el estilo moderno y que apenas tienen en cuenta la particularísima, aunque circunstancial afinidad que el mundo actual tiene con ella.

La Realeza de Cristo es en verdad inmutable. La autoridad del Rey eterno no admite ni crecimientos ni vicisitudes; podrá sí ser reconocida por un número mayor o menor de súbditos; podrá ser acatada con mayor o menor perfección; mas los derechos de jurisdicción de nuestro Rey han sido, son y serán en todos los tiempos los mismos.

Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea «Cristo Rey, Reino de Cristo» y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la Realeza de Cristo, que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, los de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin variar en sí mismo, puede ser conocido con más o menos claridad, con más o menos precisión, con más o menos determinación. Si esto sucede a menudo con ideas y palabras de índole natural, no menos acontece con las ideas y fórmulas que contienen verdades reveladas. Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo Místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinado de Jesucristo.

Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos un libro inédito, escrito por un autor del siglo XVII, eminente y genial. En él estudia de propósito y con no escasa erudición los problemas concernientes a la materia que tratamos. Pero, ¡cuán inferior queda aquel tratado, si se coteja con el cuerpo de doctrina que suponen y resumen en sus encíclicas los actuales pontífices!

El desarrollo de las ideas, aquella descomposición mental que las particulariza y define, procede naturalmente del cotejo con otras ideas, de la com-

binación con ideas afines, etc. Pero lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pletóricas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones. Ha sido necesario que llegaran los tiempos en que, como dice el mismo Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, pueblo y gobernantes han clamado «no queremos que Este, que Cristo reine sobre nosotros»; para que los fieles súbditos de Cristo a conciencia, dándose perfecta cuenta de su acto, respondieran con aquel otro clamor «es necesario que Este, que Cristo reine, venga a nos el tu Reino».

Según este proceso, por el desenvolvimiento de la idea general, pero fecundísima, del Reino de Cristo, se ha formado todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública –no de los de pormenor, ni de los de índole técnica– se da solución, la única solución, la solución cristiana.

Actualidad psicológica de la idea

CON esto puede ya rastrearse de qué manera la idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza; y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy

en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Verdad es que la ignorancia religiosa es en muchísimos casos poco menos que absoluta; que el más vil materialismo embota muchísimas inteligencias y las ciega para que no puedan ver más allá de la materia; es verdad que el más absurdo escepticismo anula en muchas personas el vigor intelectual y perturba la orientación del pensamiento; es verdad que la frivolidad *dilettante* desdeña a conciencia el esfuerzo serio, necesario al bien pensar. Confesamos que tales extravíos mentales dificultan enormemente la inteligencia de la doctrina salvadora.

Pero también es verdad que hoy aun en el vulgo que llamamos bajo suele haber un grado de instrucción, no religiosa por desgracia, muy superior al que en ningún otro tiempo ha habido. Y esto especialmente es verdad en materias político-sociales. La lectura tan difundida aun en las clases inferiores, el interés por la política y la mayor o menor participación en ella; la actuación personal en la defensa de los intereses de clase, etc., suministran a la muchedumbre una notable cantidad de ideas, confusas en su mayor parte, absurdas en muchos casos, en casi todos desvincijadas, sin trabazón ni consistencia; mas a pesar de tanta pobreza la materia no les es desconocida, los tecnicismos les dicen algo, la misma presunción vanidosa les aficiona a instruirse más. ¿Por qué motivo no atenderán al apóstol que les declare la salvadora y sugestiva doctrina del Reino de Cristo con tal de que les hable con fe y convicción y acomodándose a su capacidad como encarga S. S.?

Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como la carta magna de Cristo Rey, que vive en el cielo y gobierna y, quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?

¿Por qué no hemos de tener la fe de Pedro, la confianza de Pedro, los que oímos de labios de Pedro el encomio de la doctrina del Reino, su eficacia salvadora, su actuación vital?

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice san Ignacio, *entre los hijos de los hombres*, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

Un pensador no católico, Berdiaeff, en su cono-

cido libro «Una nueva Edad Media», entrevé los primeros tenuísimos fulgores de un día que ya ama-
nece. Este día no es para él sino un tiempo nuevo en
el cual el género humano acatará amorosamente el
Reinado de Jesucristo. Es una nueva Edad Media,
enmendada a gusto del pensador, una Edad Media
liberada de la ambición y del predominio temporal
de los Pontífices Romanos; lástima da tal obceca-
ción sectaria en una vista tan perspicaz como la de
Berdiaeff.

Otra diferencia se nos antoja a nosotros, diferen-
cia más sutil, sólo al espíritu perceptible. En la Edad
Media, ya pretérita, miraban los hombres en el Papa,
y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo;
mas sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en
demasía en el Vicario, queremos decir en el hom-
bre, y con esto se olvidaban de Jesucristo y así se
sublevaban contra la supremacía del Papa, porque
su orgullo les hacía ver en él a un soberano tempo-
ral que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver
invertidos los términos. En el primer término se nos
presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente
en su representante en la tierra. Si así llegara a mi-
rarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo se
le vería siempre sobrenaturalizado, más aún,
divinizado.

Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiem-
po: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pon-
tífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo
el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin
darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta
es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey
es de actualidad vital para el alma del género huma-
no, es una *actualidad psicológica*.

Actualidad providencial

LA esperanza de que el mundo quiera aceptar
el Reinado de Jesucristo fundada en su ac-
tualidad psicológica, no tenemos por qué ne-
garlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el
hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale,
se siente atraído por ello, mas en último término lo
rechaza. ¿No será también de temer la misma in-
consecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente
con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en
nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nue-
vo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡Las pro-
mesas de Paray-le-Monial! ¡Reinaré a pesar de mis
enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en

el oído de santa Margarita. ¿Cómo las entendía la
santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de
ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes
revelaciones: allí habla con más claridad; allí anun-
cia que su designio no es otro que la ruina del impe-
rio de Satanás y la implantación en las almas del
imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Je-
sús no atendieron lo bastante a estas significativas
palabras. Extendióse, muerta la santa, la devoción
al divino Corazón pedida en las revelaciones, pero
la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas
llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la anti-
tesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo co-
bra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse
aquellas misteriosas palabras: «Reinaré a pesar de
mis enemigos.» Y se inicia la corriente, que es cada
día más crecida, de consagraciones al Corazón de
Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción
al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y
de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya
usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al
Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que pa-
recen ya identificarse las dos devociones: *el Reinado
del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y esperanza
de los fieles estriba principalmente en las promesas
de Paray.

Y son los papas mismos, vicarios de Jesucristo
en la tierra, los que también parecen dejarse arras-
trar por la corriente de devoción y esperanza; los
que alientan ahincadamente las esperanzas de los de-
votos del Corazón de Jesús y en sus públicos docu-
mentos manifiestan paladinamente su esperanza y
no dudan en apoyarla abiertamente en las revelacio-
nes de Paray. Y el pontífice León XIII en su encíclica
Annum Sacrum señala en las apariciones del Co-
razón de Jesús una nueva época, la del Reinado de
Jesucristo. Y S. S. Pío XI declara en su encíclica
Miserentissimus Redemptor que al instituir la fiesta
de Cristo Rey se propuso dar complemento a lo que
iniciaron los fieles en sus actos de consagración al
Corazón de Jesús y afirma solemnemente que la ce-
lebración de la fiesta es, sí, una proclamación de la
Realeza de Cristo, pero además es un anticipo de
aquel día venturoso en que el universo entero es-
pontánea y libremente prestará su obediencia al Rei-
nado suavísimo de Jesús.

Y al terminar el artículo no podemos dejar en ol-
vido al Pontífice reinante, que ya en su primera en-
cíclica hizo suyos expresamente los actos y las es-
peranzas de sus predecesores, de que acabamos de
hablar.

CONTRAPORTADA

Cristo, centro de las tareas de una universidad católica

1. Confesamos que en el Misterio de la Eucaristía, que nos asombra, nos conmueve y nos invita a la acción de gracias, se nos ofrece el don inmenso y gratuito del amor de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

2. La Persona viva de Jesucristo, el Hijo de Dios crucificado y resucitado, que dio su vida por nosotros, se hace real y verdaderamente presente en la Eucaristía, con su Cuerpo y con su Sangre, y se ofrece a nosotros para hacernos su Iglesia.

[...]

7. La Eucaristía, memorial del paso del Señor de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, de la tristeza a la alegría, es fuente y fuerza de transformación de la vida de los cristianos, del mundo y de las realidades sociales.

8. Como este Congreso ha puesto de relieve, las tareas propias de una universidad católica encuentran su centro iluminador y propulsor en Cristo, Sabiduría del Padre, Alfa y Omega de la Creación. La luz, la verdad y la vida que brotan de la presencia real del Señor en la Eucaristía, sanan y elevan la mente, el corazón y la actividad de los cristianos que viven y trabajan en medio de las realidades temporales.

9. La Eucaristía, donación total, amorosa y gratuita de Jesucristo, que destierra el odio, el egoísmo y la violencia, origina una nueva cultura, una «cultura eucarística», que pone a Dios en el centro de la existencia y lo reconoce con gratitud como principio y fin de todas las cosas. Esta cultura engendra el respeto de la vida humana, el reconocimiento de la dignidad inalienable de cada uno de nuestros prójimos y el cuidado de la creación. Nuestra vida se torna así donación y entrega, manifestadas en un sincero amor fraterno y en un serio compromiso por la paz, la justicia y la reconciliación universal en Cristo.

10. El Congreso ha recordado una vez más que la santidad de la Eucaristía exige previamente la reconciliación con Dios y con los hermanos. Esta reconciliación se obtiene de manera ordinaria en el sacramento de la Penitencia, que nos prepara para recibir digna y fructuosamente la santa comunión.

11. La celebración de la Eucaristía, al hacernos partícipes de la vida y de la misión de Cristo muerto y resucitado, nos urge a todos, pastores y fieles, como a los discípulos de Emaús, a ser sus testigos y apóstoles de su Reino.

12. Frente a un mundo cerrado sobre sí mismo, atento sólo a lo inmediato y efímero, que fácilmente sucumbe ante el sufrimiento y la muerte, la Eucaristía es promesa de resurrección y prenda de felicidad plena y eterna.

Conclusiones del primer Congreso Eucarístico Internacional Universitario celebrado en la Universidad Católica San Antonio de Murcia (noviembre de 2005)